

753454
m
CÉSAR ANDRADE Y CORDERO

Ventana
al
Horizonte



En Algún Punto de la Tierra

1942

6800694 ju

VENTANA AL HORIZONTE

Impreso en los Talleres
de EDITORIAL AUSTRAL

Copyright by
EDICIONES ALBA

Todos los derechos reservados



César Andrade y Cordero

Ventana
al
Horizonte



En Algún Punto de la Tierra
1.942

DEL AUTOR:

Barro de Siglos (Cuentos del Ande)
1932.- Agotada.

2 Poemas de Abril (verso) Agotada.

Ventana al Horizonte (Verso).

Brocal Adentro (Verso).

Mar Abierto.- 1941.- (Verso).- Agotada.

Humareda.- (Novela).

DESDE EL ALFEIZAR

A veces la lógica se torna espejismo

Buscamos en la poesía la aristocracia del verbo. Esta aristocracia es el escape, la fuga, siquiera momentánea, la ansiada fuga hacia las regiones alijadas del lastre impuesto por el atentatorio trajinar. Buscamos en el lenguaje poético lo que el habla vulgar nos niega a cada paso.

El dolor de no encontrar la poesía, cuando preguntamos a la puerta de la palabra bella, es por eso tan gran dolor. Si en vez de la aristocracia nos sale al encuentro la pordiosera literatura de cartel.

Sucesión elegante, eufonía, orden cristalino de ideas y descubrimientos, también enigmas, misterios que la gente no tiene derecho de descifrar. Esto, además, buscamos cada vez que nuestra curiosidad echa la sonda en profundidades ajenas. Cada poeta es una profundidad extraña. Y cada lector un periscopio en aguas intranquilas. Cada poeta un mar intranquilo. Y cada lector un buzo empeñado.

Guardar el norte en el vaivén de estas aguas, es problema para quien crea. Entender el orden del vaivén, es el problema de quien busca. Y la ecuación de estos dos escollos constituye, en gran parte, el secreto placer de ahogarnos en el verso y en toda la estética. Hay una ca-

rrera de espíritus. El lector o el admirador persiguen al creador. Los creadores de distancias, son también del tormento, del sutil tormento dulce — y en este sentido lector y admirador se vuelven un tanto sádicos— de perseguir algo que nos martiriza. Aunque a veces asimos la presa y otras ganamos la carrera. Entonces en este segundo caso, el perseguidor se convierte en perseguido. Mas, sea como fuere, el elegante deporte nos lleva a la aristocracia de las almas.

El arte, entre muchas maravillas, es manifestación de elegancia espiritual. Para llegarnos a él, llamamos el auxilio de un sexto o séptimo sentido, interno y exteriorizado a un tiempo, que desde muy antaño recibió el nombre de Buen Gusto. Esta denominación designa el complejo sentido estético, pero no se atreve a definirlo... Definirlo es trabajo de órganos afinados exprofeso, de temperamentos y espíritus, y no tarea de función alguna o de algún esquema. Así como pensando demostramos el pensamiento, sintiendo intuimos la esencia de la emoción.

El método de exteriorizar lo emotivo se vale, o por lo menos debería valerse siempre de insospechadas asociaciones expresadas con elegancia. Lo intuído, lo que el artista ve con ojos ultramateriales reflejado en el fondo inestable de sus instantes, requiere de indumentaria tangible para salir al sol. Por la manera de vestir las creaciones, calibramos el telescopio enamorado de la oscuridad donde remansan los infinitos.

Cuando busco la expresión poética de César Andrade y Cordero, evoco ideas de elegancia y palpo insospechadas asociaciones. Porque las prominencias más delicadas de la poesía de él, son éstas: capricho de metáforas y alfanjazos de elegancia. O de otro modo: torrente de metáforas encauzadas en meandros de cortesanía. Cristalografía de todos los sistemas, engastada en mármoles y serpentinias.

En cierto modo, Andrade y Cordero es preciosista. Trabaja con la conciencia del aurífice. El caudal poético desencadenado por las facultades de él, sugiere las exuberancias del estilo plateresco. Pero de un plateresco cuyas intrincadas labores, todas sin excepción, hayan sido

acabadas con donosura y sin olvidar el detalle más diminuto. El plateresco de Andrade y Cordero es superabundante en detalles de elegancia y figuras cuidadosamente distribuidas.

Quisiera perderme por algunos momentos en este laberinto dorado de la poética de Andrade y Cordero. Pero sin desviar la mirada de las prominencias —metáfora y elegancia— y sin perder estos hilos que, como carril y brújula se hallan dibujados al borde de las intranquilidades del poeta.

LOGICA DE LA ILOGIA

El problema de la verdad en arte no exige, quizás ni admite, el imperio despótico del aristotelismo. La lógica no es Licurgo en la república de los pensamientos libres. Apenas asiste al margen del espectáculo. Ella, para sí, podrá asentir o disentir, pero no tiene ningún derecho para estrangular. A veces, por jurisdicción voluntaria del arte, llega a ser admitida como juez de consulta: los dictados de ella se escuchan, sin que por eso la movilidad estética encuentre urgente la parálisis rigorista que convertiría la obra de arte en un estatuto, en una institución o en un tratado cualquiera.

Platón hizo bien al excluir de la República, sistematizada en principios políticos rígidos a los poetas. Como poeta filósofo reservaba para ellos la increada república de las alas, lugar de destierro en el sentido terrenal y nacional, perfecta, en sentido supraterrrenal, lugar en el que los poetas hallan mundos donde las leyes son apenas la periferia y no la esencia, donde las normas son resultado de la espiritualidad respetuosa y no las dictaduras que asumen gesticulaciones de tiranía.

En el arte puede vivir y siempre ha vivido la ilogía, levantada sobre escabeles de lo armonioso. Las denominadas licencias o figuras literarias, por ejemplo, constituyen prueba irrefutable de la incompleta extensión de la lógica sobre la emotividad. La no estricta observancia de lo que es estrictamente dialéctico, no constituye delito de lesa verdad. La verdad en arte, no es de validez análoga a la

rígida conclusión dialéctica. Esta se impone, la otra deslumbra. Hay verdades que, como la matemática, dictan fallos inapelables. Ante ellas el intelecto se inclina derrotado. Ante las otras, ante las de categoría estética, se agita, afiebrada, la pasión inquisidora. Hay verdades que calman y verdades que angustian. Pero son manifestaciones de la misma esencia absoluta, porque la vida y el universo reflejado en la vida, expresan unidad canalizada por conductos de lo complejo en el bien, la verdad y la belleza. Estos tres mundos son diversos, pero son interdependientes. Y, así mismo no son iguales en extensión. En la belleza existe verdad, esto es incuestionable. Mas, la manera estética de evidenciar el mundo y los mundos de pura creación, no camina sometida a los carriles de la dialéctica. Vaga o extravaga en las regiones de la estética.

Sin embargo esta modalidad brillante, por libre que la supongamos de las vallas lógicas es, a su manera, una tangible lógica en aquello mismo que posee de ilogía. La definición objetivo-subjetiva de la verdad, como ecuación de la mente que conoce con las cosas conocidas, se plantea fielmente en los dominios de la belleza, aunque de manera específica.

Tomaremos concretamente un sector de la literatura: la poesía. Y dentro de ella una sola de las licencias: la metáfora. Mas, con afán de dar finalidad a estas líneas, tomaremos particularizada la metáfora de César Andrade y Cordero. Y trataremos de encontrar hasta dónde lógica y estética se subordinan mutuamente.

Pero antes precisa definir ciertos perfiles. En acepción general y tradicionalista la metáfora no significa otra cosa que trasponer el sentido de una palabra a otra, de una imagen a otra, de un pensamiento a otro pensamiento. Sirve para explicar algo que, a primera vista, parece oscuro. Para demostrar con auxilio de lo material lo que es simplemente ideal. Es útil para causar impresión o romper la monotonía.

Pero la metáfora posee, además, otro valor. Y en este sentido la metáfora vale inmensamente más. No se limita a funciones simplemente explicativas. Tiene el deber de dar a luz mundos insospechados. Delata emociones frescas, allí mismo donde todo parecía agotado. Tiene

obligación de sobreponerse a lo normal o corriente y hasta de imponer como lógico en arte, lo que la generalidad considera como ilógico. La actividad de la metáfora encaminada por el sendero creativo es, pues, preponderante.

El sentido normal o la fácil dirección del pensamiento ordinario, hallarán monstruos en los océanos de la metáfora, si antes no desnudan el cuerpo de ciertas rigideces y se hunden, luego, con afán de novedades en el agua. Para el sentido vulgar y cotidiano, por ejemplo, es absurdo el contenido de ciertas metáforas de Andrade y Cordero:

*Ocho niños. Ocho niños.
Con sus manzanas maduras,
Con sus rosas encendidas
Vendiendo risas de fruta.
Ocho niños. Ocho peces,
Ocho brasas en disputa,
Ocho presencias de nácar
Con ocho magnolias juntas.
Ocho niños. Ocho niños.
Ocho campanas desnudas
Tañendo estrellas dormidas
Bajo elefantes de bruma.*

Con la ayuda de esta poética de Andrade y Cordero, ensayaré la comprensión del siguiente problema: la lógica de la ilogía, como es dable definir la metáfora, partiendo de las premisas que la constituyen como causa y fin de mundos insospechados.

CAUSALIDAD

Si llegan, incitantes, las estrofas de Andrade y Cordero, lo que se impone ante todo, es la serie ininterrumpida de fantasías sembradas con brillo de metáfora. Casi puede decirse que el poeta fatiga esta licencia. Pero en él no hay que tomarla como licencia, sino como manera pro-

pia de ser. Algunos, muchos quizás, reprocharán la abundancia, sin comprender el por qué del derroche de este cuerno de la abundancia. En este escanciarse torrencial hay que ver la exteriorización de un caudal interno que se sale de madre rompiendo los cauces propios y desbordando en asombrosa carrera de imágenes. Es la manera natural de Andrade y Cordero. Manera comparable al fenakistiscopio de la física recreativa. Y, como en este mecanismo, la rápida sucesión de imágenes crea la unidad en virtud de la persistencia de las percepciones visuales, en la poética de Andrade y Cordero es el rápido caudal fantástico el que corre haciendo como de hilo de trama o estambre, para dar la unidad.

Lo que a primera vista algunos consideran como defecto, es manera íntima de ser. Y si aún se persiste en la demasía, conste que, en todo caso, no se trata de un pecado de raquitismo. No es defecto de pordioseros. Es manifestación de opulencia. Aunque esto no deje de perjudicar, alguna vez, a la médula misma de la intención.

La deslumbradora cascada de metáforas deja al lector con la misma sensación que se siente delante de la variedad de un retablo del plateresco.

° ° °

El poeta es dueño de dos lenguajes: el de las visiones y el de las expresiones. Además, todos los hombres somos dueños de estas formas de lenguaje, pero de modo especial el creador o poeta.

La una no transparece sino en los agitados maremotos internos, vive de reflejos en el fondo más sensible del yo, se nutre del sujeto. El otro lenguaje asoma a la luz del sol, vive para lo exterior, necesita incidir sobre los demás sujetos y proyectarse sobre las cosas.

En el poeta los dos lenguajes viven estrechamente unidos por el nexo que constituye el objeto significado, nexo extrínseco y de valor objetivo. Nexo que, también, presenta lo contemplado durante el acto o proceso de creación.

Pero no debe suponerse que los dos lenguajes posean

igual extensión. Muy al contrario. Casi siempre la forma novedosa de la intuición o la sensibilidad original del artista hallan trunco, defectuoso, manco aquel conjunto de símbolos o signos con que es dable exteriorizar el otro conjunto creciente, impetuoso, oceánico de las contemplaciones. Este mundo de las contemplaciones —objetivo también en cuanto es mirado, es decir en cuanto se lo considera como extraño a la esencia del sujeto que lo ve o lo forma— resulta inmensamente más extenso, más ancho que el otro de los símbolos exteriorizantes.

Entonces sobreviene el conflicto. El vacío producido demanda la urgencia de la plenitud o, cuando menos, la lleneza relativa, porque el proceso creador no admite soluciones de continuidad, cuando trata de no condenarse a lo estéril. El caudal interior se impone, es invencible y apela a lo que en economía suele denominarse con el nombre de ley de los equivalentes.

Prescindiendo de que, en el fondo, todo concepto es un equivalente lógico, un símbolo, una visión externa de la imagen interna, debemos ver en la metáfora un sustitutivo, un valor supletorio, debemos encontrar en ella la necesidad de llenar el vacío producido por el desequilibrio o por la desigual extensión de los dos lenguajes: el inerte de las manifestaciones tangibles y el inestable de las creaciones profundas.

Viene, entonces, la metáfora a imponerse, y se impone. Acude a medir la diferencia. Llega a cubrir el déficit. Es como partida de compensación o como los números rojos en la contabilidad ideal de palabras e imágenes.

En este sentido el artista, de modo especial el poeta, al usar la metáfora, crea un tercer lenguaje, un TERTIUM ORGANUM, que no es en propiedad el interno de las representaciones inasibles, ni el externo de los conceptos tangibilizados. Dió origen a un lenguaje que habla sólo él y vive realmente en un mundo creado sólo por él. El sistema expresivo es un nuevo ente de razón, un ente siempre posible nacido en el tallo mismo de las asociaciones de imágenes e ideas y destinado a cubrir las amargas deficiencias de lo experimental. La metáfora, por esto, es lo más antipositivista que se pueda conocer. La obra de ella está destinada a destruir incansablemente los diques del

valor real y experimental del mundo objetivo.

Acaso haya alguien quien replique: las imágenes antes de ser tales debieron existir potencialmente en los objetos que las motivaron. Luego, el poeta, al asociar de manera ficticia o arbitraria ciertas imágenes, no hace más que injertar unas en otras realidades que existen con anterioridad. Por tanto el valor creativo de la metáfora, se reduce a una mecánica demasiado elemental.

Cierto, la metáfora es mecánica. Pero únicamente en el proceso inferior de ella, en aquel momento que no importa más trabajo que colocar, uno al lado del otro, los conceptos que darán apariencia o vida externa a la idea nueva o al descubrimiento insospechado. Pero, indudablemente, la idea nueva o el concepto insospechado, preceden al simple trabajo mecánico.

De lo contrario nos veríamos obligados a negar la validez autónoma del universo estético, tan importante y determinante de la personalidad y la vida entera, tanto como los universos moral e intelectual.

Vanas creaciones de mecánica rudamentaria no son capaces de manipular, aunque sea objetos dotados de simple sensibilidad animal. Y no se diga seres emotivos, concientes y volentes.

La metáfora es, pues, un ser siempre posible. Es una realidad metafísica, mucho más allá de donde buenamente pueda entenderse la paradoja. Es realidad, porque la sentimos urgente para el arte. Y es metafísica, porque la metáfora no existe de por sí en el mundo real y tiene de dimensiones suprarreal. Para existir necesita de una causa actualizante que se valga del instrumento de las asociaciones y mediante ellas le permita latir dentro de un medio propio. En el medio plástico, rítmico, armónico o, también, en el medio exclusivamente ideal.

Ya hemos llegado al primer motivo, al causal, que justifica la lógica de la ilogía. Una metáfora, como todo ente posible, está en potencialidad de ser, de llegar a ser ideal o actualmente, por obra y actividad de un sujeto-causa. Luego, la metáfora o lógica de la ilogía, puede llegar al ser. Y si puede llegar a la plenitud del ser, si puede ostentar la posesión de una esencia o quiddidad, no es el absurdo, nunca será el absurdo, porque nadie, ni Dios

mismo, puede crear el absurdo.

La exigencia estética que impone la metáfora, es urgente para la vida del arte. Es inaplazable e irremplazable. Por este motivo no es arbitrario proceder el del poeta que, con voluntad estremecida de emociones nuevas—nuevas para él o los demás— elabora el tercer lenguaje, el símbolo de la apasionada comprensión. Este lenguaje expresa el mundo de manera más extensa y comprensiva. Es lenguaje para pocos. Pero si en el juego perdió en extensión, al perder la aquiescencia de la muchedumbre, ganó en intensidad al cobrar para sí la aquiescencia de la porción selecta. La ilogía resulta lógica no sólo causalmente, sino en la aplicación de este principio dialéctico. Intensidad y extensión resultan aquí, también, inversamente proporcionales.

ESENCIALIDAD

Pero el arte no es pura intelección, como se ha venido afirmando durante siglos y siglos. A partir de Ar stóteles, casi hasta nuestros días, en el arte no se ha querido ver más allá de lo intelectual, no obstante que los artistas conocieron siempre la necesidad emocional del hecho intuitivo. Sin embargo, los estetas de la rigidez han cerrado sus puertas a infinidad de mundos. Porque el arte, en su esencia, no radica en un segmento de la psique, sino en toda la vida.

Intelección, emotividad y volición, sumadas a la potencia intuitiva. Capacidad de entender, capacidad de amar, capacidad de sentir. Además, fuerza para ir más lejos, hasta el infinito vedado a la generalidad y a lo cotidiano. Eso es el arte.

Entonces quien pretende reducir al simplismo intelectual lo que por naturaleza es complejo y multiforme, comete un grave error. Lo estético, a más de ser comprendido —y la comprensión tanto en sentido filosófico como en sentido etimológico, está mucho más allá de la intelección rígida—, debe ser amado, sentido e intuído. El viacrucis del arte estuvo y estará siempre aquí: cuántos hombres inteligentes no se entregan más que a una intelección

formalista, rígida, inerte de la belleza entendida como sinónimo de los cánones. No la intuyen. No la sienten. No quieren amarla. Esto les parece demasiado, cuando la claridad del pensamiento puede, según ellos, abarcarlo todo.

Dentro de las exigencias de la creación, dentro de la ilogía a que ha de acudir el artista, se debe indagar con toda la vida. Con toda la vida hay que indagar la manera no rígida de ser, aquella lógica *sui generis*, advenida hacia lo externo en virtud de la emoción.

Los viejos clásicos, integralmente humanos, no echaron de menos la ilogía que se anota. Sólo que no llegaron a atreverse contra la enorme autoridad de la dialéctica. Reconocieron todo el valor de la dialéctica, pero no dejaron de confesar el peso y valor de lo que ellos denominaron puras creaciones de la fantasía, libertinajes de la «loca de la casa».

En verdad, cierta manera de creación no está sujeta a la inteligencia. Porque lo fantástico viene de más allá. Llega desde todas las potencias vitales y anímicas. Y porque viene desde el fondo intuitivo, desde lo más interno del yo, no es puramente intelecto, aunque no se lo considere como en absoluto independiente del intelecto.

De esta manera se esencializa la persona humana en la plena libertad para crear. En aquello que debemos ver como menos racional —por no existir subyugado a normas inflexibles— en aquello mismo hemos de encontrar el motivo de mayor superioridad.

Dedúcese, entonces, que es atentatoria contra la manera de ser las cosas en arte, la pretensión de aplicar a la metáfora, por ejemplo, el cartabón puramente cerebral o el goniómetro intelectual.

o o o

La metáfora considerada esencialmente no es el «así como», el «de igual manera», el «de idéntico modo» u otras modalidades simplemente traslativas de la extensión o comprensión en vía analógica.

La vía analógica o modalidad externa y mecánica,

queda definitivamente borrada por la otra de la vista que crea. La metáfora es proceso creativo y creación a la vez. Es algo que sigue una línea determinada en la intuición, hasta llegar a darse vida propia. No es solamente la miserable figura o licencia admitida como por favor. Es realización. Tiende a ser lo que la palabra en el lenguaje sencillo y usual: símbolo concreto. Aspira a algo más todavía: aspira al ser concreto. No tiene vida permisiva, sino potencia propia, torrencial e impositiva.

La trayectoria del tercer lenguaje viene desde la movilidad nebular de lo que antes no fué, ni siquiera en la psique del creador o del artista. Ayudada por las asociaciones encuentra forma externa. Es la tendencia al ser, que llega a la autonomía del ser. Luego, es compleja. Hay que llegarse a ella dando los indispensables rodeos que no exige lo simple. Hay que verla por todos los flancos. Hay que renunciar a la tentativa de reducirla a las solas dimensiones de la razón. La metáfora, como toda la estética, es un punto de apoyo sobre el que los hombres deben aplicar toda la vida, de manera integral.

El conjunto integral del arte no puede ser aprisionado de otra manera. Este es el único sendero posible si no queremos desorientarnos en el vaivén del laberinto artístico. Y, retornado al caso propuesto, en medio del vaivén de César Andrade y Cordero.

Muy poco de racional poseen estas estrofas, pero en cambio poseen ardiente expresión de vida:

*Fluyendo leche del tiempo,
Fluyendo leche del salmo,
Con voz de sangre y almendra,
Por el tordo abuelo espando,
Campanas de la alborada
Traéis el sol congelado
Sobre la calle que entorna
El párpado en los tejados.*

.....

*Espina, larga espina hincada en la palabra.
Tu ondulación sensual de nube azul en fuga.*

*Llama de rizos negros, te alzas como un venablo
Que corta en fríos tajos un corazón de luna.*

*La lluvia puso estatuas de vidrio en tu horizonte.
La lluvia. Pero el breve farol de tu sonrisa,*

*Despertó los claveles dormidos sobre el viento
Y algo que muere dentro me hizo llamarte mía.*

La esencialidad de estos nuevos mundos de la emoción, está en la vida. Entonces, a más del frío razonamiento o la rápida intelección, apliquemos sobre la poética de Andrade y Cordero emotividad, fuerza intuitiva y, también, amor, y la clave nos vendrá a las manos, a los ojos, al espíritu. Mientras tanto permanecerá hermética. Será para muy pocos iniciados. Vivirá en las lejanías. Porque no es sendero trillado, sino ruta de complicaciones brillantes.

Porque, además, hay que recordar en todo momento: el denominado arte artístico no se propone como objetivo primordial realizar la sencillez. Se propone, antes que cualquier otra cosa o programa, realizar intuiciones.

Hay un recinto anímico donde el razonamiento o el análisis quedan superados por completo. Dentro de este recinto sagrado, del sancta sanctorum de la emoción, los principios fracasan, nada establecen, no dimensionan el infinito, no son capaces de edificar con la igniscencia de las nebulosas.

En este momento se impone el estado, la manera de ser ante lo intuído, la conformación anterior del sujeto para intuír. Se impone lo que de modo bastante fisiológico ha dado en denominarse temperamento.

Y el arte, ahora, quiere ser la expresión de un temperamento que viaja hacia otros temperamentos. Quiere ser la recta aplicación de la ley de afinidad, demostrada en las inclinaciones del espíritu. De allí que el arte haya afectado un aire radicalmente antipopular.

EN DOMINIOS DE LO INTUIDO

Volvamos a la abundancia de metáforas en la poética

de Andrade y Cordero. Es decir, volvamos al dominio de la intuición, que así puede denominarse la obra, toda la obra de este poeta, lleno de panoramas extraños.

Pero el retorno que se indica, constituirá un alto junto a "Ventana al Horizonte", libro que se merece no la sumaria inspección del lector apresurado, sino la amable delectación morosa, la útil demora en cada intranquila profundidad.

"Ventana al Horizonte" es copioso en largas meditaciones, es causa de meditaciones proficuas, no es únicamente el libro de versos o el tomo de poemas alineados sin otra unidad que el intento de hacer volumen. El título indica el alcance de la visión y la intensidad del libro. Los horizontes explican teorías de distancia, vida y pasión de los matices, duelos de luz y noche. Definen dogmas de color. Revelan misterios de silencio.

El horizonte de Andrade y Cordero, especie de triángulo inscrito dentro del círculo emotivo de él, está definido por tres líneas sutiles: la poesía, la música y el amor. El presente libro es eso y no otra cosa. Es la copia auténtica de lo que el poeta tiene de original, allá en sus adentros. Es el dibujo del inmenso equilátero, sonoro y brillante a un tiempo, cuyos ángulos se esconden, evitando la mensura del goniómetro exclusivamente cerebral.

Uno de los lados del equilátero, la poética creada con metáforas, queda diseñado. Los párrafos anteriores trataron de bocetar una definición de la poética y de la poesía nacidas al rescoldo de metáforas, o que realizan la metáfora. Ahora debe intentarse la visita a los otros segmentos del horizonte.

"Ventana al Horizonte" llega a dar notas de erotismo fuertemente original. Sin duda alguna, el sentimiento azul, luz de vida y calor de vida, no debió faltar en el libro que pretende la figuración precisa de Andrade y Cordero, poeta dueño de un horizonte de tres valores.

El arte conoce motivos de atracción universal. Motivos que fueron y que serán siempre, mientras haya sensibilidades. Motivos de los que nadie ha logrado sustraerse. Entre ellos se cuenta el impetuoso motivo del amor. Deidad imprescindible de todos los caminos, confines y espacios. ¿Cuántos pesos da el hombre sobre la tierra que no

sean amor, ya en la forma mística, ya en la forma material de este sentimiento de torrente y de remanso? Las visiones de porvenir y las esperanzas de lo mejor, descubren amor. Del mismo modo como los espacios siderales ven moverse las estrellas por mandato del sentimiento cósmicamente definido por Dante:

«L' amor che muove il sole e l' altre stelle»

Hay, pues, motivos de finalidad universal —relativa por cierto— insalvables si se quiere traducir la gama, desde el infrarrojo hasta el ultravioleta de la emoción.

Quizá, hasta ahora, Andrade y Cordero no hirió con tanto entusiasmo la cuerda erótica. Pero, aquí, pienso, debió hacerlo en forma categórica, por motivos de auto-definición. El libro no estaría completo y el horizonte se resintiera de trunco, sin las confesiones contenidas en los primeros poemas y en *Mar Abierto*, trance este último, en el que hallamos la gracia del coplero y la agilidad de la copla del cuatrocento, de intención caballeresca lindada en cánones de modernidad intuitiva.

Véanse algunos retazos de la intuición en ansia de interpretar el motivo de universal acercamiento:

*Oh dueña de un intenso corazón de manzana,
Visión enamorada y conductora estrella!
Ya sabes que yo escucho rodar todos tus cielos.
Ya sabes que me pueblas. Ya sabes que me pueblas.*

.....

*Encuétrame en la muerte, mírame en la honda muerte,
Allá donde los prados de la sombra se queman,
Allá donde amenaza tu aroma mis sepulcros,
Donde en un mudo lago los besos se congelan.*

.....

*Me incliné sobre tí como sobre una fuente
E hilaron mis cigarras su canción lisonjera.*

*Escondida y cuitada, mi inquietud te persigue
Con sus manos de viento que sacude arboledas;*

*Manos de viento loco, criatura vertida,
Tremante y gemebunda, vagarosa y eterna.*

*Mi inquietud. Ah, tú callas! Ah tú no me respondes!
Ah tú, la estatua de humo coronada de ausencias!*

.....

*Deja a tus claras manos abrir la jaula de oro
Que ha de librar mi sueño por la virtud de tu ala.
Si tu faro no alcanza hasta mi isla salvaje,
Seré al menos, tan hondo como la mar en calma.*

En el pentagrama del amor profano, Grito es, sin duda, la nota clave. Poema con reminiscencias bíblicas del Cántico de los Cánticos, es el cantar de los cantares que Andrade y Cordero haya entonado en términos de erotismo. Paladéense estos versos rociados de cinamomo:

*Pero ven, mi fatiga. Ven, agárrate al sueño.
Ven, oh rota palabra que cayó sobre el barro.
Aún yo puedo en tu falda desgranar mis espigas,
Aún te tengo en el eco hecha almíbar de canto.
Aún percuten timbales al quebrarse tu nombre,
Y mi boca te quiere como fruta en el baño!
Pero, Amiga, no basta pronunciar la alegría.
Pero, Amiga, no basta parecernos al canto.
Ya tu trigo es el tuyo y mi trigo es el mío
Y hay cavernas en todos los umbrales de antaño.*

Pero, a más del amor profano, hay en este libro poemas del amor que se alza en incienso. Tienen como motivo la hija del poeta, Eva Esperanza, pupila y lágrima del padre que siente la inocencia de los pocos años.

Ruego al lector vea de cerca estos dos poemas: Pasión de la niña infinita y mía y Romance de mi Niña buscando a Dios. Que los vea lentamente, que los relea con la atención del joyero que cuenta perlas, no sea que alguna gema se confunda. Es preciso que ninguna imagen se extravíe. Porque aquí, más que en parte alguna, el poeta es. Se identifica

con él mismo, con la pasión infinita de su nardo, con el motivo más sublime de su canto. Estos dos poemas dimensionan al padre y al artista —bastante místico aquí— para fundirlos en un solo ser repleto de armonía. Ambos poemas son fantasías de nieve, fríos para la vida inerte de lo material, ardientes como blanca pirofera brillante y redentora.

Sobre todo el Romance de mi Niña buscando a Dios; tiene acentos de blancura, comparables al color del día que describe:

.....

*Mi niña corta, en su aurora,
Las oraciones que se abren
Como magnolias, y el trigo
Acude en blancos altares.*

*Mi niña le busca a Dios
Por los caminos del aire:
Breve inquilina del cielo
Con alas de nardo y trance.*

*Mi niña le encuentra a Dios
Sentado en la nube, grave:
Y un mandil de frescas risas
Se acerca para brindarle...*

Hay aquí perspectivas que fatigan los ojos de la carne y son presentidas únicamente por la visión llena de gracia. Cuando las pupilas cantan el avemaría de las lágrimas, el rocío cuaja en gemas de este oriente:

*Mi niña siente que todo
Tiene ansia de arrodillarse
Bajo los cirios que cantan
Espadas de llama y angel.*

.....

*Mi niña trisca sonrisa
Y es una dalia de sangre.
Mi dulce niña se enciende
Cuando yo empiezo a apagar-me.*

Sinceramente creo que el Romance de mi Niña buscando a Dios, es el ápice del sentimiento o motivo de universal atracción que dicta el amor, y que constituye otro de los lados de "Ventana al Horizonte".

De este modo, Andrade y Cordero, va desde el amor profano hacia el amor casi sobrehumano del padre. Y termina en himno que es exultación del amor paternal divinizado por milagrosa Eucaristía.

DISPUTA DEL PAISAJE

No debiera atentar contra la frescura del libro haciendo labor de disección sobre la forma arquitectónica que el autor ha querido dar y, más aún, ha debido dar a "Ventana al Horizonte". Es un organismo sonoro y coruscante que se tiene por sí mismo, como todo lo orgánico.

Sin embargo, no por establecer acápites dentro de uno de los lados del equilátero emocional que venimos siguiendo, sino mejor, por obligación de anotar uno de los aspectos esenciales de la poética de Andrade y Cordero, es preciso mencionar su panteísmo ante la naturaleza. Disputa del Paisaje es la prueba concluyente.

Ante el paisaje el artista reacciona de varios modos: lo copia, lo interpreta, lo crea, lo entiende a través del misterio. De distintos modos procede cuando siente la llamada clara de la luz y del color; cubre el contorno con el subjetivismo, o deja que el dintorno se amolde al paisaje; siente en notas fugaces la belleza natural, o la expresa en formas rígidas; traduce con claridad lo contemplado o adora, sí, adora en sublimación de panteísmo suave aquello que le circunda.

Andrade y Cordero siente así el paisaje: sin contradicción alguna, sin dejar de ser el padre que canta a la Eucaristía a través del amor de su hija, es el poeta que se sumerge en quietud y estatismo tranquilo para descifrar con devoto sentido el alfabeto religioso de la natura-

leza. Y la encuentra expresión de divinidad en todas las dimensiones. Y aunque no lo diga, el poeta adora el paisaje. Sus impresiones, acaso sean profanas, pero revelan la intimidad del artista: devoción estremecida y vagamente trascendental, deificación de las contemplaciones, sentimiento de la fugacidad humana y noción intuitiva de la persistencia eterna del cosmos. Andrade y Cordero disputa con el paisaje, tratando de arrancarle el silencio de sus misterios, para volverlos sonoridad y canto.

CATEDRAL DEL CANTO

Sea mil veces bendito el nombre de la música. Porque es óleo sobre nuestras cabezas erguidas de soberbia. Acto de humildad y de lumbre en nuestros espíritus henchidos de miseria. Acto de contricción y de retorno en nuestra senda ondulada de malezas.

La música es la más santa de todas las religiones profanas. Y, en anhelos, coincide con la teología, su hermana en el intento de deletrear lo Eterno. Podemos definir la música como la teología de los hombres que se enfrentan con el misterio, en cuanto hombres. Como la manera más perfecta de huír de lo terreno. Como el sistema más humano, y no por eso menos valiente, de desafiar el infinito.

Así como el amor es la atracción universal, la música es el ritmo universal de los hombres y las emociones, de las cosas y los misterios, de los pensamientos y las acciones. Bienaventurados los que piensan, sienten y obran en música.

Catedral del Canto delata el leit-motiv de misticismo encerrado por el poeta en sus versos que, en cierto sentido, son novedades descubiertas en panales de armonía. Catedral del Canto es el tercer lado del triángulo espiritual de Andrade y Cordero.

El motivo conductor del edificio poético, es la mística musical. Catedral del Canto es transparencia de música en poesía. En conjunto, es el oratorio íntimo donde el poeta ha tenido el capricho de dar cita al clacisismo, al romanticismo, a la música fuertemente impresionada de realismo

como es la de Moussorgsky, y a la tendencia más sutil, el impresionismo.

La revisión poética de las escuelas musicales, lógicamente comienza con la clásica. Y dentro de ella es natural que Bach inicie el desfile, un esplendente desfile que termina con Debussy. La elevada revista de los espíritus, sigue una escala correspondiente de emociones.

La Suite Francesa Número 3 de Juan Sebastián Bach, lleva el sello clásico. Es mesurada con exactitud y no se desborda por ninguno de sus lados. Como las obras de Bach, hace perfecta aleación entre los cánones y las tranquilas emociones. Ninguna exageración. Ninguna disonancia. Compás amplio y perfecto. Nítido. Sentimientos claros y precisos. La definición por excelencia. Sarabande y Minueto afirman, subrayando de cortesía, la circunspección señorial de esta música para grandes señores.

Y tal como en la música, en la versión del poeta, el diálogo del contrapunto específico de Bach:

*Aquí tú y yo.
Aquí tú y yo. Aquí tú cálida y frutal.
Aquí la noche,
En la terraza, echando un ancla sideral.
Aquí la luna,
Acariciando hondos latidos del jardín.
Aquí tu voz,
Adelgazada en el almíbar del violín.*

*Aquí la voz del rruiseñor,
Junco de música sutil.
Ya no hay dolor! Ya no hay dolor!
Sólo hay el énfasis febril.
Alzate en mí como un palacio,
Enciende sedas y clamor,
Y gira en torno, en torno, en torno,
Hecha de llamas y color.*

Es de corte cortesano. No faltan los añejos tópicos decorativos. El rruiseñor, la terraza, el jardín, la seda y la danza. También acude el palacio. Las Julietas que asoman —semifusas de pasión, entre semibreves de grave—

d^od— se dejan ver de los Romeos anhelosos y correctos.

Viene, luego después, la Sonata Quasi una Fantasia de Ludwig van Beethoven, que es él solo la más inmensa catedral sonora del romanticismo. Nueve Sinfonías, nueve Catedrales. Si el romanticismo resucitó las vejez de la Edad Media, no hay duda que Beethoven es el supremo arquitecto del gótico. Sin embargo, la sonata llamada de Claro de Luna define cierto impresionismo intacto hasta ahora. Siempre creí en lo subjetivo de mi afecto por esta sonata. Pero en las estrofas de Andrade y Cordero hallo demostrada la verdad de mi presentimiento:

*Agua negra, agua solemne, innumerable voz sombría.
¡Cómo quise yo llenarla de reflejos y de estrellas!
Pero estuvo siempre quieta, dolorosa e infinita.
Siempre, siempre taciturna, siempre oculta, siempre inmensa.*

Lo romántico cede paso a impresiones sutiles. La sonata es evocación de agua, de estrella, de argento lunar, de voz de la amada:

Era entonces su voz clara en la noche de la fuente.
.....

Astros verdes de esperanza visitaban nuestras sombras
.....

Y tú estabas en el angel infinito de la estrella.
.....

Soy la tumba reflejada para siempre en tus ojeraz!

El allegretto es de exactitud que honra al temperamento musical del poeta. La persistencia pasional del segundo movimiento, también está traducida con fidelidad:

*Contigo estuve en la muerte
Contigo nació mi pena,
Contigo alcé mi montaña,*

*Contigo embebí mi selva;
Contigo en la hora dormida
Corté racimos de estrellas.*

La tormenta del Hércules de Bon, viene en el presto agitado, incontenible, con furor de deidad implacable:

*Remolino anchuroso, cuchillazo y tormenta,
Danza de árboles locos sacudidos de viento,
Innumerable oleaje descuartizando adioses,
Turbio ciclón de manos destrozando los sueños.*

*Aquí el combate llueve sobre mis bosques agrios;
Desatando batallas de perennes incendios:*

Pero en este momento, la deidad satisfecha se acuerda de su romanticismo y concluye en un sollozo de seda:

*Mas, cruzaré mis flechas hasta la última playa
Donde crece el sollozo como un planeta inmenso!*

Hay momentos en que Beethoven parece escandalizarse de los ciclones que desata. Entonces remedia la catástrofe con una lágrima.

La poética de Andrade y Cordero, persigue la evolución musical y da con la música fuertemente afectada de realismo, envuelta al propio tiempo con lejanía de estepa. «Cuadros de una Exposición» de Modesto Mousorgsky, es el tipo que nos presenta en este género de versión. Las traducciones poéticas del sentido musical que más fielmente han sido logradas son: la desesperada de La Carreta Polaca, La Ronda de las Tullerías, El Enano, verdaderos prodigios de copia. Y el juguete más bello aún del Ballet de los Polluelos, donde el uso del diminutivo compite con la exactitud musical. El último cuadro es el maestoso, en contraposición con el agitado de la Promenade inicial. Quedan en el oído los sonos del verso, repercutiendo la grandeza de lo añejo, con el vacío eco de historias pasadas. La metáfora se retuerce en llamaradas de barbarie oriental. Junto a la Fortaleza de Kiev, el último cuadro de Mous-

scrgsky, es como el adios supremo. Así lo ha visto también Andrade y Cordero.

El último acápite sea dedicado al impresionismo. Y al genial creador de él, Claude Debussy, adelantado de la nueva concepción sonora y de las modalidades recientes en música. Es Debussy el pioner del impresionismo que abrió cientos de novedosos infinitos al sonido. Que descubrió maneras de producir otros sonidos frescos y, añáño, totalmente ignorados o apenas presentidos.

Al asociar estos nuevos sonidos a imágenes sutiles, Debussy, engendró las metáforas de mayor fuerza intuitiva. De este modo se ha creado la música por venir.

Sin excepción, las partituras debussyanas, son series de metáforas armonizadas —tómese la palabra armonizadas en sentido estrictamente musical.

Preludios, Nocturnos, Estampas. La Siesta del Fauno, La Muchacha de los cabellos de lino, son otras tantas partituras metafóricas. Son mundos de imágenes musicales. Mundos intuitivos. Mundos auténticamente creados. Libertados de la actitud conformista que quiere lo real. Y porque estos mundos despiertan libertad y advenimientos, son juveniles y bellamente serenos como la frente de Apolo.

La poética de Andrade y Cordero ha traducido, también, a Debussy. Ha traducido Jardines bajo la lluvia y La Catedral Sumergida.

La metáfora ha sido traspuesta con fidelidad al verso, aunque cabe decirlo, Andrade, habría procedido mucho mejor, no escogiendo un solo metro para el sondaje del lago místico donde el francés hundió con sonidos mojados la flecha, el arco, el carrillón de uño de aquellos vetustos legados del Medioevo, templos de piedra negra y sagrada, de la edad llamada negra, que es la más sagrada. La melodía debussyana, no es uniforme como las paralelas de verdor que aprisionan el arroyo. Es irregularmente rítmica y, por tanto, la polimetría se adecuaba para traducirla con más propiedad fonética. Mas no por esto, por ausencia de polimetría, la traducción de Andrade y Cordero es menos noble.

Quien quiera que retenga en la memoria los primeros acordes de la Catedral Sumergida, verá si esta estrofa no es exacta:

*Cristal. Todos los ángeles del cristal en el agua
Donde triscan los astros sus dedos infinitos.
Oh mar profundo y sórdido, prisma de mugido ancho,
Huerto de monstruos laxos, latitud del gemido!*

También la arquitectura verbal levanta con bloque de metáforas el templo que Debussy sepultó en el agua:

*Ciudad eterna y líquida de manos relucientes,
En tu jardín profundo hay un siglo infinito*
.....

*Oh! atormentado espejo, en tí nace la eterna
burbuja del peñasco, corola del granito.
Aquí está la voluta, aquí la aguja empieza.*

Cuando se hace el minuto de limpidez el perfil de la catedral vibra en horizontes ideales. Y el poeta refiere:

*Surge y muestra en el hondo reflejo de tus voces
Tu vastedad inmensa de roca y vaticinio.
Y embébetete en la mueca de los arcos torales
Y late todo el atrio y enciende todo el friso
Y haz la campana aguda con el hilo del fuego
Y haz la campana ronca con el lodo del grito.*

Antes de hacerse el silencio Debussy entrega la catedral a la sepultura móvil. Arrullada por acordes húmedos vuelve a dejarla en la eternidad del agua, como durmiendo fermentos de redención. Y Andrade torna a decir:

*Cristal de largas torres, un descanso de tinta
Cierra en nocturnas bocas tus silencios vencidos.
Tiniebla de elefantes en el tallo del agua
Reverberando abrazos con serpientes de vidrio.
Cristal. Cristal borrado. Cristal torcido en hebras,
Olas de muslo virgen. Yeguas de flanco tibio.
Ciudad eterna y líquida, de manos relucientes,
En tu jardín profundo hay un siglo infinito.*

Jardines bajo la lluvia es el poema «de la gota-pregunta, de la gota-respuesta». Es la adquisición del mundo diminuto de la gota de agua. Es el diálogo del color sensibilizado en los jardines y del iris supuestamente insensible de la gota. Pero el poeta afirma que la gota tiene alma. Y así debe ser, porque de lo contrario la gota no amaría la luz, ni las flores, no dialogaría con ellas ni regalara vida en el surco inerte.

*Diminuta pupila que resbala en el tronco,
Alma clara y fugaz, deslizada y eterna.*

¿Cuántas metáforas de Andrade y Cordero tienen el alma diminuta de la diminuta pupila?

Al metaforizar sobre la metáfora de Debussy, Andrade y Cordero, hace estética dos veces. Lleva la armonía musical a la armonía verbal. Viste a la palabra con nueva librea y le da otro valor de aristocracia.

Catedral del Canto es la respuesta a muchas interrogaciones del ritmo. A las apasionadas interrogaciones que van quedando a lo largo de la música, como rezagos de misterio inescrutado. Es una bella lectura de los alfabetos millonarios del sonido. Es hierografía de iniciados, esculpida en la misma piedra eterna que el cosmos musical.

PROPOSITO

Cuando volvamos la última página de este libro, tengamos la intención de ver al mundo ya no como antes, sino rejuvenecido en espejismos de intuición, o en puras realidades de creación original. Si pudiéramos transformar en poema inmenso, en sinfonía perfecta el universo que nos oprime. Si pudiéramos mirar, como Dios quiso la gran obra del orden. No nos importaría, entonces, la inacabable contienda con la realidad, porque el espíritu nos donaría otros miles y miles de mundos más propios y más intuídos.

Saturados de horizontos sepamos agradecer, desde lo íntimo, a César Andrade y Cordero por la gentileza de la ventana que nos acaba de prestar.

Gentil ventana. Si todas las ventanas dieran sobre los mismos horizontes....

G. CEVALLOS G.

Cuenca, octubre de 1.942.

1

Ventana

al

Horizonte

Ventana
al
Horizonte

MI VENTANA ME TIENDE sus brazos de madera
Diciendo, al saludarme, su arenga de costumbre.

Con sus gafas de vidrio, mi ventana es un magro
Orador que hace frases con vocablos de nube.

Enfrentada a una escéptica muchedumbre de libros
Habla en verso y en vano porque no hay quien la
(escuche.

Tan sólo como un rubio granjero, el horizonte
Empinado en el potro del viento la saluda
Con un ancho sombrero de colinas azules.

Pájaro luminoso con voz de mediodía,
Cuando bajo el alero teje un nido de luces,

En la guitarra caen los copos del silencio
Y un estupor nervioso por las cortinas sube.

Enarbolado grito, la paz de la honda luna
Navega de los vidrios en la bahía dulce:

Entonces, mi guitarra, sobre la audaz cadera
Siente anhelar los dedos que en la sombra la pulsen.

Cuando la clara noche sale a vender estrellas,
Un país de margaritas de los cristales surge.

Ventana, mi ventana es un plato de cielo
Que abre una charca azul donde el tiempo se pudre:

Pero como es la antigua prometida del viento,
Le da besos de cal y suspiros de nube.

Trance
de la
Niña Dolida
y Frágil

NIÑA DÓLIDA Y FRÁGIL, con un fragor bravío
Desemboca en tus ojos un río de nostalgias.

Tu juventud de fruta, publica, sin embargo,
La noticia de aroma que envían las manzanas.

Niña dolida y frágil, en el regazo de oro
De tu cabello hay astros que hasta la noche saltan.

Pero un azul eclipse maltrata y emponzoña
El ave de tu risa dormida en tu garganta.

Niña dolida y frágil, llegas desde la ausencia
Gritando altos incendios con trances de escapada;

Pero tienes la rubia juventud del estambre
Donde la abeja chupa su melodía brava.

Niña dolida y frágil, en tus labios jugosos
Musicalizas todas las frescuras del agua,

Y a los muros del beso se asoman los silencios
Al desplegar sutiles banderas tu palabra.

Niña, Niña dolida, niña de joven fruta,
Perfumada en un largo verano de esperanzas,

Arrebujada en la ancha dimensión de los sueños
Navegando a la noche en el vientre del alba:

Niña que haces rodar la aurora en tus mejillas,
Niña de suave luna, niña encendida y alta:

Despiertas y estremeces como un silbo en la noche
Y tu astro se apodera de todas las distancias!

Teoría
de la
Niña Trigueña
y Alta

ERGUIDA Y ONDULANTE como el mástil y la ola.
Alzando en tí una caña para pescar estrellas.

En tu colina triscan corderillos morenos
Y eflora crisantemos fugaces tu sonrisa.

Lámpara siempre móvil, me invitas a seguirte
Allá donde los pinos huyen hacia la noche.

Déjame echar raíces hondas de campanario
Para encenderme, airoso, en un jardín de voces.

a

En tu cabello pasmos oscuras golondrinas
Y el cielo hasta tus ojos descuelga hondos vagidos.

Entonces. . . ¡Oh si entonces corriera hasta tu boca
Y en un charco de rosas naufragara mi grito!

Virtud de la
Mujer Transida
de Cielo

ESPINA, LARGA ESPINA hincada en la palabra.
Tu ondulación sensual de nube azul en fuga.

Llama de rizos negros, te alzas como un venablo
Que corta en fríos tajos un corazón de luna.

La lluvia puso estatuas de vidrio en tu horizonte.
La lluvia. Pero el breve farol de tu sonrisa

Despertó los claveles dormidos sobre el viento
Y algo que muerde adentro me hizo llamarte mía.

Arden tus ojos astros de oscuros desafíos
Abriendo hondos narcisos tenebrosos de encanto.

Y una miel rota, ardida, miel de cielo transido
Vas volcando en el anca del minuto gozado.

Anegada en el rubio suspiro de la tarde,
Parece que te quiebras como un cristal sonoro.

Parece que me robas, parece que me ausentas,
Y en un jardín nocturno me sumergen tus ojos.

Callado y ondulado, percibido y prohibido,
Doblega y arrebatada tu racimo jugoso.

Tú soliviantas toda la voz de mis ramajes
Encendiendo sus bocas con temblores de abeja.

Yo he empezado a sufrir la pregunta olvidada
Que se pasmó en los labios amarilla de pena.

Mujer de ancha canela, mujer de vino espeso,
Mujer de acento negro, de lumbre negra y fiesta:

En tí puso la noche una puerta apagada
Y una estrella que canta debajo de tus crenchas.

Anchurosa canela, junco tibio, redoma,
Pagoda, torre y flecha donde mis voces crecen.

Tienes olor de alcoba cerrada de jazmines
Donde el tiempo su inmensa burbuja desvanece.

Agua negra, la trenza que se curva en tu nuca
Lanza un tren que en tinieblas galopa enloquecido.

Aquella nieve alada que se pasma en tus manos
Prende lámparas tenues con su luz de jacintos.

Entonces, te resbalas como una lluvia amable
Y huyes con la frescura de una noticia alegre.

En tanto yo revuelco enfurecidos besos
En un prado de ausencias que te roba y sumerge.

Mujer de dulce brisa, soplas, hinchas luceros
Y tu vaivén se sorben los ojos del paisaje.

Quiero que a la pregunta que dibuja mi noche
Me responda tu luna con un rocío suave.

Audaz, a tu cintura se ciñe el mediodía.
Bajo tu falda laten mil palomas de espuma.

Yo empiezo a entristecerme como un mástil lejano,
Que a la ardorosa playa no ha de llegarse nunca.

Haz naufragar este ancho racimo de silencios
En tu aljibe oloroso de esperanzas azules.

Mujer honda y transida, mujer de largo cielo:
Deja que mi peñasco amargo te salude.

Socorro para la
Niña del Corazón
Vegetal

ESTA NIÑA DE FRAGIL cinturilla de avispa,
Es la niña que tiene corazón vegetal.

Corazón de naranja, rubio, quieto y redondo,
y manitas de vidrio que se quieren quebrar.

Esta niña de yeso arrobado e inocente
Tiene senos enanos de menguante lunar,

Pelo de oro obstinado, fino cuerpo de látigo,
Y en la voz un canario que no sabe cantar. . .

Corazón de naranja, con los jugos muy quietos,
Corazón amarillo que se deja colgar;

Corazón de vitrina, tan perfecto y pintado,
Corazón tan guardado en papel celofán.

Ved la niña de frágil cinturilla de avispa.
—Vara de álamo nuevo que salió a caminar:

¡Si pudiésemos darle encontrando la cuerda
De ese quieto juguete que no quiere marchar!

Niña leve, semilla que se escapa en el viento,
—Tiene senos enanos, de menguante lunar—,

Corazón apretado, con los jugos muy quietos,
Corazón de naranja, corazón vegetal:

Mete el sol en tus poros, rueda en la agua y el viento,
Haz la abeja encendida de la sangre zumbiar,

Parte en dos, con el beso, tus mitades redondas,
Y echa al viento la cáscara, corazón vegetal!

Pasión de la
Niña Infinita y Mía

*(A Ella, la Dueña de mi Vida
Esperanza, mi Hija)*

ORTO, VOZ Y SEÑAL, claridad trepadora,
Transparentada en mí, llena de mí, colmada. . .

¡Oh, puñado de rosas amanecidas y húmedas,
Rostro tuyo, mi niña, mi muñeca de niebla!

No sé si hacer tu canto con burbujas de sangre,
O beberlo en el agua, o sorberlo en el viento.

En mi vida —que es mar de abandono— eres alba;
Y en mi noche sin sueño eres fuente y estrella.

Ignoro si amo en tí toda la carne mía
O si encuentro el capullo de Dios en tu milagro.

Yo no quise escribir para tí la cadencia
De tu estación, si no hallo dónde quedan los versos.

Porque no hay luz del todo para darte poema.
Porque en el universo no hay ritmo que te plasme.

Yo no quise escribir para tí con mi mano
Entumecida, al trance de dar fe a la palabra:

Porque no sé tampoco qué hablaría mi boca
Que es de ruína y silencio o, apenas, grito náufrago.

Pero el hombro desnudo de tu aurora ha abatido
La tiniebla que humeaba en la vieja caverna.

Y hoy estás tú, jardín abierto a la alegría,
Donde cruza la senda de perfección soñada.

Estrella, nieve y pétalo, costa, cielo, isla de oro,
A tí viajé en la proa del propio desamparo.

Héme aquí, desbordado el labio de ternura,
Caída, retorciéndose, mi hora junto a tu hora.

Tú fuíste siempre; y yo para tí fuí camino:
A tu clara sustancia transitorio adjetivo.

Tú fuíste siempre, siempre, como el sol a la tierra,
Y estuviste en el canto, en la carne y la pena.

Tú fuíste siempre, siempre, como la savia al fruto,
Como el fruto a la tierra y la tierra a la savia.

Tú llameaste en mi mente y goteaste en mi sangre
Y quemaste en el beso y hablaste en la palabra!

Costa de mi destino, albergue de mi huída,
En la infancia del mundo ya habías amanecido.

¿Qué puede hacer, entonces, mi canto frente al rubio
Calor de tu presencia, de tu rol infinito,

De tu ayer intuitivo, de tu hoy en estupores,
De tu mañana que es como el ala de un ritmo?

Es cual sentir fruición de partida o llegada
Contemplarte en lo real de todos mis sentidos.

No sé por qué me asfixia la miel de tu poema:
Soy la abeja que queda muriendo en la corola.

Estrella, nieve y pétalo, costa, cielo, isla de oro. . .
¡A tí, en el mar de siempre, he viajado, Hija Mía!

Mensaje que Lleva
Corazón
de Manzana

PIENSO QUE TU ME VIENES, oh mi suave via-
(jera,

Tan cerca de la muerte, tan próxima a la ausencia,
Que tus ojos me alcanzan su llamarada oscura
Con pañuelos de sombra en muelles de tiniebla.
Me escapé como el eco:

Mas tú encendiste todo tu aroma de violetas.
Con un golpe de viento huyeron mis paisajes.
Ahora eres la palabra sin riberas,
Eres la honda disputa que me habita,
El síntoma del aire, la boca sin respuesta.

¿Dónde, dónde estuviste escondiendo tus manos,
Tus manos suaves, líquidas, con aceites de estrella?
¿Dónde, dónde estuviste escondiendo tus manos
Cuando te busqué en todas las puertas de la ausencia?
¿Dónde cuando la lágrima, dónde cuando la fruta,
Dónde cuando el suspiro, dónde cuando la queja?

Te he presentido en todas las rosas encendidas,
Y estoy y estuve en todas las bocas que te besan.
¿Dónde, dónde te hallabas, muchacha que no tuve,
Muchacha deslizada entre fragantes fresas?
¿Dónde pudo encontrarte esta antigua mirada
Por encima de todos los hombros de la niebla?
Te he buscado a la orilla de los días
Hasta que me creciste toda tu azul respuesta.
Te escondes, sin embargo: y mi vida te clama
Como una boca antigua redonda de tiniebla.

Ahora, quiero escuchar tus pájaros de nieve
Que alzan su voz de nardo y su arrullo de estrella.
Resbálame tu cielo hasta los altos mástiles
Donde muerden los vientos y las sombras se enredan.
Tú me rindes. Tus labios acaparan mi sangre
Y en mis venas azules te escribes y te quedas.
Déjame contemplarte en la carne y el sueño,
Paloma mía unguida de dulzuras ajenas.
Estrella, estrella ausente, amor de sol y viento,
Te borras en el verso y en el sueño te quedas.

Encuétrame en la muerte, mírame en la honda muer-
Allá donde los prados de la sombra se quemán, (te,
Allá donde amenaza tu aroma mis sepulcros,
Donde en un mudo lago los besos se congelan.
En tu vestido caen los saludos del viento.
Con las manos vacías se marcha mi tristeza.
Se hace a la mar un largo velamen de esperanzas.
En mis ojos los tuyos amontonan estrellas.
Oh dueña de un intenso corazón de manzana,
Visión enamorada y conductora estrella!
Ya sabes que yo escucho rodar todos tus cielos.
Ya sabes que me pueblas. Ya sabes que me pueblas.

Carnet
de la
Emigrada

MUJER BLANCA Y DORADA, bella mujer ajena
De ojos bálticos que abren un fiord de azulidad:

Tu paso en la epidermis de la angosta calleja
Va dejando de un eco wagneriano el compás.

Musical y fragante cual la brisa de Viena.
Mujer—cielo —de—Holanda: toda flor de cristal.

Mujer blanca y dorada, bella mujer ajena:
Tienes la geografía que anheló mi ansiedad.

En el barco que trajo tu pregunta de niebla
Se marchó tu sonrisa sazónada y frutal.

Mientras pasas, por eso, seria, firme y ligera
Frente al gesto mohino de mi clara ciudad,

Los tejados mestizos te resbalan su venia
Y, por verte, a la tapia se encarama el rosal.

Espiga rubia, abeja que, encerrada, golpea
De mi cielo nativo el cerrado vitral:

Cuando el jardín propicio con sus flores amenas
Para tu hondo abandono te da un banco de paz,

Este potro criollo de mi carne morena
Se encabrita, queriendo por tu nieve trotar.

Mujer blanca y dorada, bella mujer ajena
De ojos bálticos que^o abren un fiord de azulidad,

Como un pájaro loco tu rubia cabellera
Vá piando en tus hombros los compases de un vals.

Eres la ola perdida que alcanzó mucha tierra
Y se fué playa adentro con un són de oquedad:

Por eso hallas volcanes bajo todas las piedras,
Aunque tus ojos tengan todo el desdén del mar.

Litoral
de tu
Sombra

SIENTO NACER TU POEMA como nace un camino
Junto al hilillo de agua de tus palabras dulces.
No sé por qué sospecho que se puebla de besos
El paisaje oloroso que a los ojos te sube.
Poema a tí, poema a la luz sonrosada
De tu alcor que se dora con un polen de estrellas.
Poema a tí, que cantas como un lirio sonoro.
Poema a tí, que bordas tu litoral de niebla.
Llegas hasta mi sueño como un viento perdido
Y yo soy el crepúsculo que pescaste en tus manos.
Anochezco en tus ojos ahogándome en ternura,
Viendo crecer tu aurora, tu frescura de prado.
Imagen, toda imagen desdibujada en la ola,
Suspiro, hondo suspiro encendido en la sangre.
Ante tu llama rubia se arrodilla mi escombro
Clamando en tu horizonte como un viejo velamen.

Todo es en tí latido que se cuaja en sonrisa:
Desde el sol del cabello hasta el nácar de la uña.
¿Para qué he de cantarte con mi antiguo sollozo
Si es que tienes la arisca arrogancia de la uva?
Respóndeme. Respóndeme cosechando tus lirios,
Alzando tus altares, floreciendo tus manos.
Oigo tus pasos. Oigo trepar todos tus pasos
Menudos y fugaces por la espuma del canto;
Y llego cual la súplica del verano a la lluvia
Y caigo, de repente, a tus pies, como una hoja.
¿Cómo quieres que ahora maduren las palabras
Que naufragaron antes de llegar a tu costa?
Ser el vino que, ardiente, se te asoma a los labios
Y estar en las palabras que ruedan de tu boca:
Al nacerme, dorada, la burbuja del verso,
Tu nombre alza su junco luminoso en la sombra.
Tu levedad de luna pide muchos suspiros
Y tu rol silencioso tiene de estrella y lágrima;
Por eso yo, de pronto, siento arderme los besos
Y como ave viuda rompe a llorar el alma.

Blanca estatua de sueño, bajo el azul rocío
De la noche mojada de estrellas taciturnas
Surges de la profunda playa de mis sollozos
Anegada de ausencias en el eco y la bruma.
Deja a tus claras manos abrir la jaula de oro
Que ha de librar mi sueño por la virtud de tu ala.
Si tu faro no alcanza hasta mi isla salvaje,
Seré al menos tan hondo como la mar en calma.

Estatua
de
Humo

(A ti, oh Desolada)

EMPINADO EN EL GRITO me asomo hasta tu
(nomber
Mientras crece tu ausencia sobre mi carne lenta.

Te me vienes de golpe, como una puñalada,
Y mi silencio lívido desangra su respuesta.

Estrella mía, tienes la historia del crepúsculo
Relatada por boca de mi viejatristeza.

Dulce y aniquilada, te me borras del todo
Como un paisaje ciego mordido entre las quiebra.

Mi voz, desde la noche, te refleja en los labios
Como un espejo antiguo que eternamente sueña;

Y tu recuerdo en mi alma dibuja un pueblo manso,
Polvoriento y lejano, donde el silencio acecha.

¿Qué tienes, que me llegas de los cielos más altos
A golpear en el tiempo con tus manos de niebla?

Solo. Solo y distante, encendiendo caricias,
Desnudando palabras y silencios de piedra.

Amputada mitad de mí mismo, te busco,
Aturdido, por todas las esquinas del mundo.

Toma, toma ^{mi} vida. Te regalo mi vida
Como un manjar humeante. Tú me llevas, me llevas.

¡Oh, ternura ululante habitada de ensueño!
Contigo empieza el mundo a no tener fronteras.

Música y són de ayer, errabunda y distante,
Emerges siempre, siempre, como en la onda la estrella.

Ayer tu plenitud era de rosa y agua
Y hoy tu brisa sutil va oradando cavernas.

Me incliné sobre tí como sobre una fuente
E hilaron mis cigarras su canción lisonjera.

Escondida y cuitada, mi inquietud te persigue
Con sus manos de viento que sacude arboledas;

Manos de viento loco, criatura vertida,
Tremante y gemebunda, vagarosa y eterna.

Mi inquietud. ¡ Ah, tú callas! ¡ Ah, tú no me respon-
(des!
¡ Ah tú, la estatua de humo coronada de ausencias!

(Al Poeta Magro, Víctor
Bacoto Castro, Muerto
en horrenda Soledad de
Amor.)

Naufragio y
Entierro del Poeta
y la Canción

Como una ala hecha presa de estupor te has plegado,
Mudo y definitivo, orillado a la noche
De tus velas, que amaban tu soledad de faro.
Por carenar tu proa, hacías puerto en los ojos
De tus niñas doradas, de tus niñas de barrio
Que trenzaban sus manos en tu barba de náufrago.
¡Ah tus niñas sonreídas, ah tus ángeles de humo
Que amortajan de besos tu corazón de pájaro!
De seguro estuviste deshojando una rosa
Cuando te nació, al pronto, un pañuelo de ausencias
A la borda, y sentiste que crujió la amarra;
y con la última sílaba de tu verso en el viento
Se te encendió la lámpara del adiós en las manos.

Desde mi alta ventana festonada de asombros
Con la brava pintura del otoño que humea,
Yo te veo pasar sacudiendo tus ecos
Como ex—libris enjuto de edición chocarrera,
Con tu trunca palabra hecha grito en la nube,
Con tu verso escondido en la ruga del viento.
Breve gajo de barrio, el airón de tu ensueño
Te dejaste enredado en un viejo balcón:
¿Dónde está picoteando su canción tu guitarra
Dónde está pignorada, para siempre, tu estrella?
Viejo pájaro bohemio, ya tendrás campanario
Donde echar a los vientos piedrecillas de canto;
Ya podrás tus collares de tristeza cuidarte
De ponerlos al cuello de tus niñas de barrio.
Inclinado en tu propia ansiedad temerosa,
Enredado en la absurda inquietud de tu canto;
Ya tus ojos no miran las lejanas mareas
Y te estás en el muelle como un mástil tumbado.
¡Ojalá se te acuerden las gaviotas de entonces
Y te cuelguen chillidos en sus vuelos de paso!

Grito

DESDE CUANDO TE ECHASTE a la suerte del
(humo,

Me avisaron los vientos tu suicidio de pájaro.
Inclinada, enterrada en mi sueño, te has muerto,
Y no sé cómo amarte a la orilla del tiempo,
Si en muralla de adioses se encabritan los años.
Te quedaste en gaviota o en adiós de pañuelo
Sobre la ola errabunda de los días lejanos.
Tienes de hoyo y de cruz y yo soy el viejo árbol
Lentamente vestido de abandono en la sombra
Sin saber si haces puerto en las isla del llanto.

Pero ven, mi fatiga. Ven agárrate al sueño.
Ven, oh rota palabra que cayó sobre el barro.

Aún yo puedo en tu falda desgranar mis ^{de} espigas,
Aún te tengo en el eco hecha ~~de~~ almíbar / canto.
Aún percuten timbales al quebrarse tu nombre,
Y mi boca te quiere como fruta en el baño!

Pero, amiga, no basta pronunciar la alegría.
Pero, amiga, no basta parecernos al canto.
Ya tu trigo es el tuyo y mi trigo es el mío
Y hay cavernas en todos los umbrales de antaño.
¿No lo vés? Todo tiene ceño, ruga y ladrido.
¿No lo vés? Aquí llevo la tiniebla en mis manos.

¡Oh, encerremos de nuevo nuestras dos ansiedades
Y arrojemos al viento este grito de náufragos!

2

Paraje de
los Romancillos

(Al querido Saúl J. Mora)

Orbita, Rol y Pasión
de la
Naranjera

POR QUIETOS cerros azules
Se vino la naranjera.

Mil soles en cuajarón,
Mil canciones en cosecha,
Mil azafranes redondos,
Mil lunas en cordillera,
Mil agrias risas de virgen,
Mil vientres de luz bermeja
-Huyendo al cabo del viento
Con alaridos de huerta-
Por quietos cerros azules
Se trajo la naranjera.

Burlándole a los torrentes,
Cargada de astros y trenzas,
Lejos del mar y los bosques,
Sobre cuchilla y vereda,
Trepada a todas sus risas
Se vino la naranjera.

Una ciudad de esperanzas
Enciende la naranjera.
Espumas de rubio incendio
Avienta la naranjera.
Acidas torres de aroma
Levanta la naranjera.
Senos de doble naranja
Se encuentra la naranjera.
Monda su risa en cuchillos
Del viento, la naranjera.
Prende clavel de lujuria,
Cantando, la naranjera.

Por quietos cerros azules
Se vino, agriada de ausencias.
Chorros de estrellas doradas
Le saltan de las caderas.
Hace girar en sus manos
Aros de rubios planetas.
Paisajes que hacen canción
Trájose atando a las trenzas.

La naranjera, en su tolda,
Es la venada de niebla.
Tiembla en su charca amarilla
De burbujeantes planetas.
Con risa partida en dos

Exprime su jugo de hembra.
Desde los altos zarcillos
Rojas frutillas descuelga.
Paños de cielo y montaña
Sobre sus hombros dán vueltas.

Su blusa lila le tiñe
Al viento la alta pechera.
En saya de ancho carmín
Esconde la estatua prieta
Y en zumo de manos largas
Escurre la piel morena.

Burlándole a los torrentes,
Cargada de astros y trenzas,
Por quietos cerros azules
Viniera la naranjera.

En el mercado se mueren
—Congestionadas de esfera—
Naranjas viejas de sol
En platos de luna llena.

Rueda de las
Siete Fiestas

Soslayo de mi poema
En las vísperas girándulas.

Vinieron las siete fiestas
En siete potros de plata.
Los cuatro niños del viento
Cabalgan cuatro campanas.
Los ocho pinos oscuros
Sus ocho copas levantan.

Soslayo de mi poema
En las vísperas girándulas.

La torre loca de vientos
Dá gritos de cuatro cabras.
Campanerío en los palios
Soltando cuatro torcazas.
Globos de cuatro colores,
Corazón de las muchachas.

Soslayo de mi poema
En las vísperas girándulas.

Potros bravos de la noche
Ya llegaron a la plaza.
El trompo loco del fuego
Sus rojas manos desata.
Potros bravos de la noche
Ya llegaron a la plaza.

Suelta la torre en el viento
Sus cuatro cabras de plata.
Se van de caza los mozos:
Esta noche habrá venadas.
¡Ah, corazones de cohete
Y voz de dulce naranja!

Paño esponjoso y pinzado
Alzando espumas de randa.
Corazón cholo que tienes
Un semillar de sonajas.
La sonajita se enciende
con el punzó de la saya.

Soslayo de mi poema
Sobre la noche girándula.

Galopan los moceríos.
Salen las manos de caza.
Junto a los trompos de fuego
Han de correr sus venadas.
¡Ah, corazones de cohete
Y voz de dulce naranja!

En un molino de estrellas
Gira la noche bengalas.
Con sierpes de oro y azotes
Arrea el humo sus vacas.
Una ciudad de mil ojos
Sobre el pinar se levanta.

Quiebro a la noche el poema,
Niño que roba bengalas.

Pasan las mozas tardías,
Corriendo tras su esperanza.
La noche se muere sola,
Con hipos de estrellas altas.
Y como un ebrio el silencio
Queda tumbado en la plaza.

Biografía
de
Juan
Tiniebla

(A Roberto Jorves)

Romance de Juan Tiniebla:
Copleros, ábranme cancha.
Traigo ronda guitarrera
Y versos de siete cañas.

Corazón de siete suelas,
Boca de siete campanas,
Cabro de siete lujurias,
Grito de siete gargantas,
En potro de siete vientos
Huyendo a siete montañas,
La sombra de Juan Tiniebla
Despeina su risotada.

En olivares de luna
Su juventud va colgada.
Madejas de siete lustros
Ovillan sus serenatas,
Y sobre el hombro rechoncho
Se lleva las madrugadas.

Romance de Juan Tiniebla:
Copleiros, ábranme cancha.

Puño de doble geranio,
Y bigotillos de guardia;
Macizo pecho de arena
Con muslos de vieja rana,
Rueda sus hombros nocturnos
Sobre las horas quemadas
Y tose por los balcones
El trueno de sus tambarrias.

En costillares maduros
El viejo trompo le salta;
Y en la mitad del piropo
Su carcajada se raja
Cuando el racimo cachondo
—Con uvas de muslo y falda—
Del hembrerío su aroma
Le abanica a la distancia.

Romance de Juan Tiniebla:
Copleiros ábranme cancha.

Gufa de mozos pringueros,
Mozo de mozas soñadas,
Viento maduro en acechos,

Viento que roba manzanas:
Corazón de siete suelas,
Boca de siete campanas,
Cabro de siete lujurias,
Grito de siete gargantas:
Cuando él se muera, los vientos
Vendrán de azules montañas
Para enterrarle en canciones
Que hilen antiguas cigarras.

Pasando el tiempo, los viejos
Diránles a las muchachas:
—Este era un hombre que tuvo
Su risa por toda espada.
Cien lacras de vino y música
Le dejó el tiempo en la cara.
Cortó la luna con anchos
Cuchillos de serenata.
Y se murió porque quiso.
Aún vive "su risotada".



Ciclo de
Cinta y Faldilla

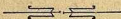
Era una rubia pouppé
Con más ocho años y medio.
Faldilla violeta al sol
Y cinta cogida al pelo.
Era una rubia pouppé
-No sé por qué lo recuerdo-
Con el placer de pedirme,
Generoso compañero,
Que le dejara enredar
Sus dedos en mi cabello.

Ayer la ví. Son veinte años,
-Veinte espinas en el pecho-
A que jugamos la ronda,
A la luna en el potrero.
Ayer la ví con el hombre
Que quiere y será su dueño.

Vibran los ojos del barrio
Y el jardín se pone en celo:
Las petunias sonrosadas
Salen a verla, de lejos.
Hoy su falda es una airosa
Campánula vuelta al suelo
Que husmean abiertas y anchas
Narices de fauno inquieto.

Para quien nada le importa,
Para quien mira de lejos,
Ninguna gracia le trae
Mirar bancos de paseos.
Pero, a la sombra del molle
Discreto, en el parque viejo,
Hay, rompiéndose en cristales,
Unas palabras sin eco,
Y a la luna misteriosa
Al son de los juramentos,
Dedos frágiles quisieran
Enredar unos cabellos. . .

Era una rubia pouppe
Con más ocho años y medio.
La falda corta murió.
La cinta se le fué al suelo.



Copla
del
Celillo
Amargo

Estrella de puntas firmes,
Plumilla de te escribir.

Trajera el cielo perdones
Y un ángel de bien morir;
Pañuelos de mar que empapen
Canciones de leve anís,
Y un sueño de rubias hebras
Para tañer tu marfil.

Estrella de puntas firmes,
Plumilla de te escribir.

Sangre de nuevos claveles
Hervida en miel de rubí,
Tu aroma y el pez del canto
Van en la red del carmín.
Nieve rosada tus dedos:
Pentagrama de alhelí.

Estrella de puntas firmes,
Plumilla de te escribir.

Azucarillo dorado,
Hombros de azul colibrí,
Te me reflejas de lejos
Con piel de rubio jardín.
Te trepa mi verso en junco
Y estoy en viento sutil.

La estrella quiebra sus puntas
De pronto, por no seguir.
No sigue, porque la estrella
-Plumilla de te escribir-
Por los celillos amargos
Se me acabó de morir.

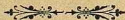


Copla que grita
a la
Cruz de los
Caminos

Donde hacen cruz los caminos
Abiertos a todo sol,
Donde la piedra es morena,
Donde nace la canción;
Donde hacen cruz los caminos
Nos encontramos tú y yo.
Fué la cosecha del canto
Y la embriaguez del cantor.

Donde hacen cruz los caminos
Que recorrimos tú y yo
Se hizo la miel del poema,
Y fué gemela la voz. |
En la cruz de esos caminos
Nuestra vida se enredó.
Cayó ceniza de ausencias
Y no sé qué se murió.

En la cruz de esos caminos
Que recorrimos tú y yo
Se nos quedó la casita,
El río, el ave, la flor.
Pobrecita la casita,
Pobre canto, pobre flor. . .
¡Pobres las sombras que buscan
En vano su corazón!



Copla
de
Playa
y Jardín

NIÑA DE FRESA y frambuesa
-Leche de cielo y jazmín-
Niña de fresa y frambuesa
Con risa de ajonjolí:
Dátiles negros los ojos.
La piel oliendo a jardín.

Para tu sed, niña—fresa,
-Leche de cielo y jazmín-

Yo tengo, en agua de besos,
Crema de frutas de abril,
Y risas de coco jecho,
Y dientes de buen maní.

Tengo, también, una playa
Con espumas por abrir;
Veleros, cocal y luna,
Y una orilla de verdín
Donde el mar es un amigo
Que ha de enseñarte a reír.

Niña de fresa y frambuesa
-Leche de cielo y jazmín-
Niña de fresa y frambuesa
Con risa de ajonjolí:
Yo te regalo mi playa. . .
Dáme, en cambio, tu jardín.



Copla de la
Curiosa y Frágil
Cabecita

COMPLICADA cabecita,
Agil, indócil, bonita,
De un prestigio mundanal;
Flor de miel, gota de vino
Vertida desde el divino
Cáliz de un cielo otoñal.
Coágulo de oro en la espesa
Lava de vieja tristeza
Que brota del pecho, hostil;

Bermeja flor de canela,
Como viva lentejuela
En la chaqueta de abril.

Lírico copo de sol,
Burbuja hecha de arrebol
Que electriza y envenena;
Linterna clara y piadosa
Encendida en la medrosa
Complicidad de la pena.
Cabecita que, en Kioto,
Fueras un místico loto
Que un sol bermejo encapulla,
En tanto los shamisenes
Interpreten los vaivenes
De un tardo vuelo de grulla.

Punto final de tí mismo
Suspendido en el abismo
De tu belleza indescripta:
Rímel, tangee, conga, rumba,
Chesterfield, coty, balumba
Del champán. . . ¡Oh, Cabecita!
Cascabel de colombina
Que acompaña a la sordina
Un ritornelo de amor;
Cabecita de oro, inquieta,
Que mi emoción interpreta
En ritmo, en astro y en flor.

Brunilda, Freia, Walkyria,
Surgida como Helia Pyria
De un pincel evanescente,
Y que al rito de Zoroastro

Ardieras con lumbre de astro
Aristotélicamente. . .
Cabeza—Coquetería
Que antes que en filosofía
Sueña en tennis y en fox—trot
Y cuya suave penumbra
Trágicamente deslumbra
Y hace llorar a Pierrot.

Cabecita de oro, inquieta,
Que mi emoción interpreta
En ritmo, en astro y en flor;
Cabecita perfumada,
Por Pablo Verlaine soñada
Entre un lírico temblor. . .
Joya de amor, cabecita!
En cofre de malaquita
Te guarda ya la ilusión;
Y a conquistar el imperio
De tu frívolo misterio
Se ha marchado el corazón!



Risa y Sonrisa
de
Rosa Nueva

Rosa nueva en la mañana,
Rosa de joven corpiño,
Breve flor de porcelana,
Piel de viento, piel de niño,
Tu risa de porcelana
Quiebre su son peculiar
Y en tu florida ventana
Se abra la rosa lunar.
Rosa de luz, flor incierta,
Grito cuajado en cristal,
Herida azul entreabierta
Sobre la noche sensual.

Esta vez mi pesadumbre
Quiere venirte a contar

Un cuento que nos alumbre
Bajo la umbela estelar.
Un cuento tal, que a este monte
Le ponga un cielo de Holanda
Y, hundido en el horizonte,
Pinte un molino que no anda.
Un cuento con la engañosa
Luz de un paisaje de sal,
Con velas en la agua rosa
Y un hotelillo de cal.
Tú oyeras las caracolas
Decir su sorda canción.
Yo, en la hamaca de las olas
Meciera tu corazón. . .

° ° °

Rosa nueva en la mañana,
Rosa de joven corpiño,
Breve flor de porcelana,
Piel de viento, piel de niño,
Al niño loco del viento
Tu aroma le ha puesto en una
Carrera de entrenamiento
Con el aro de la luna.
Las ranas ya comenzaron
Su sinfonía fantoche,
Y en el jardín se cerraron
Las pestañas de la noche.

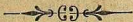
En tí hay un astro encendido
Como un nocturno asfodelo
Graciosamente prendido
En la solapa del cielo.

En una loca guitarra,
La rama, loca de brisa,
Con hilos de luna amarra
La copla de tu sonrisa.
Tu breve boca de fruta
Tiene dos alas en vuelo
No sé qué cosa disputa
Tu boca de terciopelo.

° ° °

Rosa nueva en la mañana,
Rosa de joven corpiño,
Breve flor de porcelana,
Piel de viento, piel de niño,
Roja libélula loca
Ya el corazón alzó el vuelo
Hacia el país de tu boca
Y el clima de tu pañuelo:
Echa el aro de tu risa
Junto al juguete lunar
Y vén conmigo. La brisa
Quiere enseñarte a besar. . .

a



Cartel
para la Niña
de Hoy

EN ESTA NOCHE de mentas
Tu nombre se afila en ala:
Yo enciendo mis tres caminos
Para vestir tu distancia.
Tengo voces de luceros
Para encerrar en tus jaulas.
Tengo una cinta de besos
Que no ha ceñido gargantas.
Orillada a mi vereda,
Con raíces de junco y ansia
Me naces, clara glorieta
de pesadumbre dorada.

En tu corazón de almendra
Hay un canario que canta.
Yo salgo a caza de ensueños
Y tu canario se apaga.
La fiesta de tus sonrisas
Rubias estrellas me alarga
Y riega un odre de rosas
Amanecidas en agua.
Y me persiguen tus manos
Como gaviotas hambreadas
Sobre este barco de ausencias
Humoso de tus palabras.

En esta noche de mentas
Tu nombre se afila en ala:
Yo enciendo mis tres caminos
Para vestir tu distancia.
¿Quién puso cauce a tu ritmo?
¿Quién la ola? ¿Quién tu mirada?
Quién hizo nacer las brechas
En los brocales sin agua?
Es como una fuente en la noche,
Como colina o muralla:
Pero, en el hombro, tu pelo
Es un pájaro que canta.

Ya puedo decir que soy
El mismo niño que amabas
Bordando un sol de alfeñique
Con mariposas de albahaca.
Ya puedo decir que soy
La escuela, el trompo, la rama
Donde, en pañuelos, la niña
Dejó sus uvas colgadas.

Ya puedo correr cometas
Con hilos de la alborada,
Llevar la montaña al río
Y al monte subir el agua.
Ya puedes decir que soy
El secreto de tu almohada,
Tu lima de uñas, tu "rouge",
Tu espejo, tu carcajada.

En esta noche de mentas
Tu nombre se afila en ala:
Yo enciendo mis tres caminos
Para vestir tu distancia.
Exprime todas tus frutas,
Riega estrellas en tu falda,
Hazle al agua unos corpiños,
Tuerce al viento la corbata;
Mas, pónme al patio una fuente
Con mármol de tu garganta
Y zurce en ella tu grito
Y espúmame la esperanza.



Campanas
Sobre el
Barrio

FLUYENDO leche del tiempo,
Fluyendo leche del salmo,
Con voz de sangre y almendra,
Por el toldo abuelo espiando,
Campanas de la alborada
Traéis el sol congelado
Sobre la calle que entorna
El párpado en los tejados.

Alas de bronce, estoy viendo
Mi corazón en el atrio
Tiritando su alegría

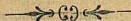
De niño que hace quebrados;
Abuela alcoba, estoy viendo
Entre los pliegues del canto
Cómo amanece en suspiro
Mi madrugada de antaño.
Cómo se visten de misa
Los jazmines en el patio,
Cómo bostezan tibieces
Altars de incienso y nardo.
Alas de bronce, estoy viendo
-Ojos de alhucema, claros-
Cómo tientan mi silencio
Dedos húmedos del barrio.

Campanas de voz aguda
O grave son oceánico,
Voz de agua negra, voz rubia,
Voz de almíbares amargos;
Campanas que estáis tendidas
Punta a punta de mis años
Bajo una luna de fiesta
Con coheteríos y palios;
Campanas, niñas de espuma
Con dedos de abecedario,
Peldaños de agua sonora
En las mañanas del atrio,
Nodrizas lentas y febles
Para los niños de Mayo.
Campanas, rizos de música
En sienes del cielo urbano
Y miel de la risotada
En la escuelita con patio
Que tiene flor de columpios
Y una agua para el cansancio.

Campanas que, gota a gota,
Me desayunan el canto
Naufragado en la fatiga
Que entristece a mi canario.
Campanas de ayer, campanas
Que se vuelcan sobre el barrio
Acunándome en el tiempo
Como un niño abandonado,
Copas viradas al suelo
Vino anchuroso goteando:
Caperucita y la abuela
Desde el bosque enconfitado
Vienen, después, a regar
Floridos tiempos de antaño
Caminando en los pasillos
Sus trajes almidonados.

Río de oro que me bulles
El cerebro atormentado
Con la niñez colegiala
Junto a las rugas jugando:
Campanas, bordón brioso
-Mi corazón en el atrio-
No prendáis más candelabros
Sobre mi vieja tiniebla
Que ha tiempo está sollozando.

Tiembla el vitral. Tiembla adentro
Una ala rota de pájaro.



(A mi Hija Eva Esperanza,
Cereca del Sacramento.)

**Mi Niña
Buscando
a Dios**

Mi niña trisca sonrisas
Y es una dalia de sangre:
Mi dulce niña se enciende
Cuando yo empiezo a apagarme.

Sus manos juntan espigas
Y en tiernas blancuras arden.
Sus ojos abren silencios.

Su boca muere en el aire.
Mi niña siente que todo
Tiene ansia de arrodillarse
Bajo los cirios que cantan
Espadas de llama y ángel.
Mi niña se va vestida
Con un lucero por traje
Hacia confines de azúcar
Buscando a Dios por el aire.
Mi niña siente que todo
Empieza luego a nevarse
Y que una ronda de estrellas
Da vueltas junto a su talle.

 Mi niña suelta palomas
 Con las manos del arcángel,
 Y las espigas saludan
 Y empiezan a desnudarse.
 Mi niña corta, en su aurora,
 Las oraciones que se abren
 Como magnolias, y el trigo
 Acude en blancos altares.

 Mi niña le busca a Dios
 Por los caminos del aire:
 Breve inquilina del cielo
 Con alas de nardo y trance.
 Mi niña le encuentra a Dios
 Sentado en la nube, grave:
 Y un mandil de frescas risas
 Se acerca para brindarle. . .

Mi niña trisca sonrisas
Y es una dalia de sangre.
Mi dulce niña se enciende
Cuando yo empiezo a apagarme.



Catedral del Canto

*Al—Director de Opera de
Firencia y Dantzig,
Kurt Zober,
Musico Eminente,
Recogiendo «Gota a Gota»
las Horas Luminosas de
Nuestro Recital Mixto.*

Johan Sebastian Bach

SUITE FRANCESA
NUMERO III

—I—

Allemande

Aquí mi voz.
Aquí tu voz de blando ritmo emocional.
Tu paso aquí.
Mi paso allá donde florece el resedal.
Ven a danzar,
Ven a mover extraños vientos de pasión.
Ven a girar,
Pájaro fiel, astro hecho carne de canción.

Noventa y Nueve

Aquí tú y yo.
Aquí tú y yo. Aquí tú cálida y frutal.
Aquí la noche,
En la terraza, echando un ancla sideral.
Aquí la luna,
Acariciando hondos latidos del jardín.
Aquí tu voz,
Adelgazada en el aimíbar del violín.

Aquí la voz del ruiseñor,
Junco de música sutil.
Ya no hay dolor? Ya no hay dolor!
Solo hay el énfasis febril.
Alzate en mí como un palacio,
Enciende sedas y clamor,
Y gira en torno, en torno, en torno,
Hecha de llamas y color.

Un pulso abierto
Está en mi pulso;
Una ola abierta
Está en mi mar.

¡Oh prisma!
¡Oh viento!
¡Oh flor!
¡Oh nube!
¡Oh loca
Fiebre
De
Danzar!

Courante

SON LAS altas galerías,
Son los briosos espejos,
Son las espaldas desnudas,
Las tijeras de los ecos,
El agua de los perfumes
Y las sonrisas huyendo.
A espaldas de la alborada
La noche azota luceros
Y entibia voces bermejas
Donde la danza está ardiendo.

En la lucerna hay jardines
Que nutren fuentes de besos.
Lámparas que se adelgazan
En voces de color ebrio.
Mil palabras pisoteadas
En una risa de pétalos;
Mil cascabeles floridos
En labios de crisantemo;
Mil huertos de carne rosa
Mil manos de torre y viento,
Y el friso y el capitel
Y el cortinaje tañendo,
Y el hombro infinito y claro
Perdido en golfos de anhelo.

¡Oh multitud asombrada
De olor sinfónico y lento!
En el azul de los ojos
Llueve sus brasas el cielo
Y arde la sed en la entraña,
Y este pájaro del beso
Naufraga en la agria resaca
Que azota el mar del espejo.

—III—

Sarabande

MIENTRAS AL VIEJO MUELLE de la luna
Atraca en su navío mi locura,
Dáme en tu voz el vino soñoliento
Que hace bastar tu boca para el beso.

Y en la paz del jardín, bajo tu arrullo
Deja que yo me llene de tu mundo.
El alma se me agobia de luceros
Y tus manos se alargan a mi sueño.

Acógeme y domíname en tu sombra
Y haz que tu nombre azul moje mi boca.
¡Y en tus ojos de dulce confidencia
Deja que mi astro náufrago se muera!

Ciento Dos

Minueto

UN CLIMA DE NARDOS el ámbito puebla,
Pasmado en la cinta de la alta peluca:
En largas hileras la seda y la carne
Levantán murallas de muslo y cintura.

Con vuelo de manos se inicia la danza
Que mata en el aire palomas de luna.
Trizan los cristales del compás las damas
Y los caballeros abren sus preguntas.

En las reverencias y las resonancias
Las manos agitan pájaros de espuma.
El beso se posa, discreto, en un hombro.
Un ángel bermejo se duerme en las nuca.

Laten altos dedos las frágiles damas.
Bajo la ancha seda suspiran las curvas.
Enciende la música un charco de estrellas
Y en todas las bocas hay fresas maduras.

Serpientes de aroma muerden al minueto.
Desde los jubones las venias saludan;
Y arden las sortijas, y las manos vuelan,
Y la noche esconde la frente, confusa.

Anglaise

CASCABEL DE PALABRAS, las mil lenguas del vi-
(no
Emigran sobre el gárrulo, estupor de los brazos.
La música se inclina a espigar los perfumes
Mientras afuera grita la sombra como un náufrago.

Ebria de hondas gargantas y de espumas rosadas
La fiesta alarga un bosque de voces y de manos
Hacia donde se buscan, aleteando, los besos,
Sobre un sonoro y dulce horizonte de labios.

Torcida en humo lento, la alegría se escapa
Por las torres doradas donde se incendia el canto
Y, rumbo a un país de ausencias, navegan los ensue-
(ños
Sobre una agua infinita de estrellas y de pájaros.

La seda y sus presencias van gimiendo ternuras
Para la noche abierta en la rosa y el astro,
Hasta que tras el límite más rojo de la sangre
La sombra alza la inmensa estatua del cansancio.

Gigue

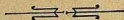
Acosados de todas las mareas,
Trepados al peñasco macilento,
Ardamos el ciclón de la caricia
Y volquemos las cráteras del vértigo.

Musical mordedura que te viertes
Como sangre de rosas en el viento,
Vas cruzando una cinta de fatigas
Al galope fragante del deseo.

Dibújame tu línea de jacinto
Hendido junto al muro de mi cuerpo
Y arrójame tu grito destrozado,
Con el pez de la danza, dulce y ciego.

En tu junco torcido de ternura
Cuaja el pálido fruto de mi sueño
Cuando al mástil sonoro de la música
Izas la llamarada de tu anhelo.

Oyeme sobre el hueco de la noche
Hablarle con el grito de los vientos;
Y apégate a mi vida como un blanco
Caracol que se tiñe de luceros.



Ludwig Van Beethoven

**SONATA QUASI UNA
FANTASIA
("CLARO DE LUNA")
Op. 27 No. 2**

Movimiento —I—

Adagio Sostenuto

LENTAMENTE, extrañamente, donde cuajan los si-
(lencios
En lamentos de honda piedra, frente al grito de la
(ausencia,

Ciento Siete

Crece el eco, crece el eco interminable en la profunda
Catedral de los recuerdos que se anudan a la pena.

Agua negra, agua solemne, innumerable voz sombría.
¡Cómo quise yo llenarla de reflejos y de estrellas!
Pero estuvo siempre quieta, dolorosa e infinita.
Siempre, siempre taciturna, siempre oculta, siempre
(inmensa.

Era entonces su voz clara en la noche de la fuente,
Y su beso fué tan cierto como fué la primavera.
Y era alegre el suave tiempo de sus rosas encarnadas,
Y era oculta en un racimo de preguntas, su respuesta.

Astros verdes de esperanza visitaban nuestras som-
(bras
Y el cristal de los jazmines se quebraba en las veredas:
Yo era entonces la montaña sosegada de altos vientos
Y tú estabas en el ángel infinito de la estrella.

Lentamente, extrañamente, con el beso hecho pedazos
Voy alzando tu recuerdo que se tuerce en voz eterna.
Soy la lívida palabra de tus horas taciturnas.
Soy la tumba reflejada para siempre en tus ojeras.

Movimiento —II—

Allegretto

Corazón que se derama²
En una fuga de estrellas:

Ciento Ocho

Para el recuerdo armonioso
Surte el jugo de tus venas.
El alba de las ternuras
Sembró de sueños la tierra
Y en tu carne pensativa
Se durmió la primavera.

Mujer tendida a mi sueño,
Cuando mi sueño te besa,
Campana azul en el agua
Fragante que te recuerda:
Contigo estuve en la muerte,
Contigo nació mi pena,
Contigo alcé mi montaña,
Contigo embebí mi selva;
Contigo, en la hora dormida,
Corté racimos de estrellas.
Contigo un reloj oscuro
Detuve bajo tus crenchas
Y hube, en tú boca esperada,
Veinte dulzuras bermejas.

Yo fuí quien dobló tu junco,
Yo el que acechaba en tus puertas,
Yo la palabra, yo el verso,
Yo el musgo sobre tu piedra.
Yo aquella antorcha. Yo el grito
Colgado de tus mareas;
Yo la hoja negra del viento
Husmeando todas tus huellas.
¡Yo fuí ese clavo de sombra
Que crucifica tu ausencia!

¡Oh tú, la cuitada inmóvil
En puertos de bruma quieta,
En muelles que huyen de noche,
En playas de oscura arena.
Oh tú, corola extinguida,
Amedrentada de niebla.
Entonces eras, te amaba
Sobre el hombro de la tierra
Y se callaba el gemido
Universal del planeta.

Tú la hora que alzó mi brazo,
Tú la esperada, la eterna.
Tú la que quiebra el silencio
Sobre las noches inmensas;
Tú el ancla que no se mueve,
Tú la que nunca se encuentra;
Tú la tenaz cuchillada.
Tú el grillete. La cadena.

Aquí te tiene el recuerdo
Encendida y quinceañera
Con una flor encarnada
Sobre un oleaje de crenchas.
Aquí el óvalo sedero.
Aquí mi verso en tu lengua.
Aquí los besos sangrando
El almíbar de tu queja.

Aquí mi grito. Aquí el llanto.
Aquí mi tarde que empieza.

Presto Agitato

DOLOR QUE NADA IMPORTAS, yo juego con tu
(nombre
Aunque golpees todas las puertas que te cierro
Y aunque quieras romper el cristal de mi sangre
Contra el mudo peñasco de tu viejo lamento.

Te ahogaré con el vaho de tu propia sentina,
Dolor que no eres mar, ni eres raíz ni fuego;
Dolor que no eres árbol, ni eres vientre ni fruto;
Dolor que eres estéril vacuidad y desvelo.

Mi tempestad te ha abierto, Dolor, una ancha grieta
Sangrante de preguntas que me roen el pecho:
Pero estoy en mi piedra, en mi canto y en mi ola,
Y un clangor de potencias se encuartela en mi cuerpo.

Remolino anchuroso, cuchillazo, tormenta,
Danza de árboles locos sacudidos del viento,
Innumerable oleaje descuartizando adioses,
Turbio ciclón de manos destrozando los sueños:

Aquí el combate llueve sobre mis bosques agrios,
Desatando batallas de perennes incendios:
¡Mas, cruzaré mis flechas hasta la última playa
Donde crece el sollozo como un planeta inmenso!





(A Paco Cisneros y Bárcenas)

Claude Debussy

**LA
CATHEDRALE
ENGLOUTIE**

**LA
CATEDRAL
SUMERGIDA**

CRISTAL. Todos los ángeles del cristal en el agua
Donde triscan los astros sus dedos infinitos.
Oh mar profundo y sórdido, prisma de mugido ancho,
Huerto de monstruos laxos, latitud del gemido.
Cristal. Cristal borrado . Cristal torcido en hebras.
Olas de muslo virgen. Yeguas de flanco tibio.
Tiniebla de elefantes en el tallo del agua
Reverberando abrazos con serpientes de vidrio.
Cristal de largas torres, un descanso de tinta
Cierra en nocturnas bocas tus silencios vencidos.
Ciudad eterna y líquida de manos relucientes,
En tu jardín profundo hay un siglo infinito:
Palpitas en el hondo país de la esmeralda
Y alzas brazos de luna con caderas de limo.

Ciento Trece

Oh, atormentado espejo, en tí nace la eterna
Burbuja del peñasco, corola del granito.
Aquí está la voluta, aquí la aguja empieza,
Soplando polvo de astros con los vientos cautivos.
Aquí yace el reflejo, aquí el iris humea,
Aquí arcángeles verdes. Aquí Dios sumergido.
Aquí manos del éter para sacar a flote
La amarra cosmogónica y la estatua del grito.

Surge, astro acobardado. Surge, planeta hendido.
Surge, risa del arco que se fuga en el friso.
Surge, música brava rota en palomas ciegas,
Quieta y lenta en el hondo malestar de tí mismo.
Surge, costumbre líquida, voluntad de la piedra,
Manjar de mediodía naufragado de ritmos:
Surge y muestra en el hondo reflejo de tus voces
Tu vastedad inmensa de roca y vaticinio.
Y embébetete en la mueca de los arcos torales
Y late todo el atrio y enciende todo el friso,
Y haz la campana aguda con el hilo del fuego
Y haz la campana ronca con el lodo del grito.

Cristal de largas torres, un descanso de tinta
Cierra en nocturnas bocas tus silencios vencidos.
Tiniebla de elefantes en el tallo del agua
Reverberando abrazos con serpientes de vidrio.
Cristal. Cristal borrado. Cristal torcido en hebras,
Olas de muslo virgen. Yeguas de flanco tibio.
Ciudad eterna y líquida de manos relucientes,
En tu jardín, profundo hay un siglo infinito.

Claude Debussy

JARDINS
SOUS
LA PLOUIE

JARDINES
BAJO
LA LLUVIA

CIELO RAIDO en hebras. Los arriates se embeben
Mirando por los largos ojos de las albercas.
La amapola y el nardo dejan rodar un sueño
Mientras lava sus breves corpiños la glorieta.
Hojas tañidas y altas de los macizos negros,
Hojas de la alta copa meditabunda y ebria.
Hojas tañidas y altas, gorriones erizados
Temblando en la mejilla de la charca coqueta.
Hojas tañidas y altas, escuchadas y ocultas,
Percutiendo y sonando levedad de corcheas.
Hojas, hojas erguidas en orejas del viento
Que oye hablar con el olmo la lésbica azucena.
La rana y su maraca, la rana y su maraca
Sobre el parterre ahogado en una tos discreta.
Lluvia que haces girar mariposas oscuras,

Ciento Quince

Lluvia, pájaro henchido de innumerables flechas,
Tus pálidos jinetes se enroscan en los pinos
Y la mano del tiempo se posa en tus caderas.
Oye rodar tu propio corazón en la gota,
En la gota, en la gota desde la alta gotera.
En la gota, en la gota, en la gota, en la gota,
En la gota—pregunta, en la gota—respuesta,
Diminuta pupila que resbala en el tronco
Alma clara y fugaz, deslizada y eterna.
Gota, gota, respunte de la antigua guitarra
Que el jardín anchuroso hila, teje y rasguea;
Oye siempre la gota que es secreto en la rama,
Beso ardido en la flor sonrojada de histeria.
Oye la gota y la hoja, oye la gota y la hoja.
La hoja y la gota fresca, la hoja y la gota fresca.
Oye la gota y la hoja. Oye el claro silbido
Allá donde los cabros de la lluvia se enervan.

Mira la lluvia. Mira cómo hiende la lluvia
Con su látigo claro la nuca de la piedra.
Mira, mira la sombra congelando pasteles
De humedad pensativa en la cruz de la arena.
Mira, mira las nubes cómo sacan sus focas
A la orilla del cielo con su antigua presencia.
Lluvia, por poca cosa te pareces a la ancha
Costumbre de volcarme por todas las riberas:
Eres mi voz recóndita que a veces sale a flote
Y eres toda la hondura que de mí se apodera.
Contigo hay un palacio dormido sobre el viento
Y una noticia abstracta resbala por tus crenchas:
Ven, oh boca enterrada, ven sumerge y esconde
En tu pálida muerte la canción de la alberca.
Ya sé que es tuyo el iris de todas las burbujas
Y que el álamo gañe porque tú lo degüellas.

Lluvia, te estás ganando un suspiro muy hondo
Desde que una edad sorda resbalas por las yedras.
En tu túnel se ha puesto a aullar todo el recuerdo
Y tus tijeras matan mis antiguas estrellas.
Lluvia, pájaro henchido que transcurre en la rosa
Cuando el viento acaece en las raíces negras:
Ya deja que el crepúsculo salga a vender manzanas
Con las manos vacías de la húmeda arboleda.
Y en tus zancas de vidrio, desnuda y asombrada,
Véte a buscar un país de peces o de nieblas.



Modest P. Moussorgsky

**TABLEAUX
D'UNE
EXPOSITION**

**CUADROS
DE UNA
EXPOSICION**

Promenade

PASOS, PASOS, PASOS que no se detienen.
Pasos en la noche. Pasos en el tiempo.
Pasos en el sueño, menudos y alegres.
Pasos, pasos, pasos. La fugaz cadencia
Nace, crece, enflora. Los pasos se mueven.
Todo anda, camina, todo rueda y anda.
Hay pasos en raíces y savias que crecen.
Todo sube, sube como una columna:
La tierra es un paso redondo y solemne.

Aquí están los pasos. Aquí van los pasos
Con todos los hombres, con todos los seres.

Ciento Diez y Nueve

Hé aquí mis pasos. Hé aquí mis pasos
Subiendo escaleras de cristales verdes.

Por este camino van mis pasos suaves
Dejando campanas de plumaje breve.
Mis pasos ahuecan su són de honda tierra.
Mis pasos se callan. Mis pasos se duermen.

Junto al lienzo que abre su voz de muralla
Detengo los pasos que se desvanecen.

—II—

Gnomus

El Enano

CAMINA, SALTA y juega.
Es la alma pequeñita de la alfombra
Que ha salido a correr albur de besos
En la nuca gentil de la duquesa.

Camina, salta y juega.
En sus ojillos late la inquietud del bosque
Donde la caza puso sus trompetas,
Cuando, junto a la raíz de la alta encina,
Quedó preso en las redes de la fiesta.

Camina, salta y juega.
Ayer fué el bosque negro

Ciento Veinte

Y las raíces negras:
Hoy la lucerna de iris del castillo
Y los ojos de miel de la duquesa.

Ayer fué el bosque negro
Y las raíces negras.
Hoy la babucha de rubí tallado
Prende un incendio de carmines locos
Del enano en la sangre lisonjera.

Camina, salta y juega.
El jubón de escarlatas, oro y piedras,
Ya le roba al jardín sus amarantos,
Ya al agua sus vivas lentejuelas:
Y él vuelca en el sofá su carcajada
Entre los almohadones y las sedas.

Camina, salta y juega.
Es la alma pequeñita de la alfombra
Que ha salido a correr albur de besos
En la nuca gentil de la duquesa.

En el salón solemne,
Desde el rincón en donde el clave sueña,
De repente dá un salto; y, casi un hombre,
Sobre el rojo de la alfombra espesa
Con aire heroico de deidad famosa,
De príncipe guerrero, de poeta,
De sacerdote, de gigante inmenso,
De león rampante, de águila febea,
Sintiendo palpitar todo el latido
Del corazón inmenso del planeta,
Con un talante olímpico y eterno. . .
Su diminuta imperfección pasea.

Camina, salta y juega.
Ayer fué el bosque negro
Y las raíces negras.
Hoy la lucerna de iris del castillo
Y los ojos de miel de la duquesa.

¡Oh, duendecillo que en carrera loca
Huyes de pronto y trepas
Por las blancas colinas de los hombros
A la nuca gentil de la duquesa. . .!

—III—

Il Vecchio
Castello

El Viejo
Castillo

¡OH BESTIA GRIS de piedra nutrida de horizontes,
Incendiada de estrellas y helada de silencio!
Momia de pie, detienes tu eternidad rugosa
En grietas y ventanas abiertas en bostezo.
Alguna vez te alzaste como ala o como grito
Dejando que te aniden crucificados besos;
Mas los siglos mendigos que duermen en tu piedra
Hoy la única moneda que gastan es el eco.
En tu frente olvidada reverbera la sombra
Y te puebla un fantasma que se incendia en el tiempo.
Los relojes se paran para escuchar tus rugas
Y en tus ojos anida la voz de los troveros.

Ciento Veinte y Dos

Luna de trovadores que cantaron nostalgias
En pastorelas y albas con guirnaldas de besos:
Eres la sola verde campana que columpia
Sus sones misteriosos en el torreón guerrero.
Sombra revuelta y alta, sombra acerada y seca,
El juglar te escaló con su viejo lamento.
Llanto del trovador suspirado en la viola,
Cuerdas de pentagrama para escalar el sueño.
Castillo, tu ceguera pide auroras muy dulces
Para encender las altas ventanas del recuerdo.
Viejo amigo del cielo, saludas a los astros
Y ellos miden tu mueca de pastor de silencios.
Castillo, piedra y ruga, como un viejo sollozo
Azota tu amargura un espanto tan negro
Que la humareda rubia del ayer esplendente
Disipas cuando soplas con tus ojos de muerto.
Tu dolor no es de mar que le pega al peñasco
Ni tu muda soberbia tiene labios de viento:
Solo llevas las canas de la nube en el pardo
Pescuezo de tus horas amortajadas de ecos.

Gemido de la sombra, ángel pasmado y negro,
Boca antigua borrada de perfumes y besos,
Algún histrión fantasma camina entre tu rota
Estructura abollada, con humildad de perro.
Mas ¡Cómo adentro laten tus viejos esplendores
Cuando como los musgos te crecen los recuerdos!

Ronda en las Tullerías

CIELO DE INDIGO. En el cielo
Una cáscara de luna.
La tarde tuerce sus voces
Y sopla una aneja burbuja.
El palacio alza jardines
Con vidrios de frágil música
Y un surtidor de suspiros
Araña leves agujas.

Ocho niños. Ocho niños
Con sus manzanas maduras,
Con sus rosas encendidas,
Vendiendo risas de fruta.
Ocho niños. Ocho peces,
Ocho brasas en disputa,
Ocho presencias de nácar
Con ocho magnolias juntas.
Ocho niños. Ocho niños.
Ocho campanas desnudas
Tañendo estrellas dormidas
Bajo elefantes de bruma.

Cielo de índigo. En el cielo
Ya está sentada la luna
Regando largos juguetes

Desde su verde cintura.
La ronda, ronda, rondalla:
Sobre el jardín que se azula
Triscan peces sumergidos
En un jarabe de luna.
La noche enciende sus ángeles
Entre violetas oscuras
Y untadas de lentejuelas
Las horas pasan desnudas.

La ronda, ronda, rondalla:
Para esta noche madrugan
En el corcel de los bucles
Semillas de estrellas rubias.
En la frente de la rosa
Hay ocho risas que surcan
Huyendo en copos bermejos
Hacia la misma pregunta.

La ronda, ronda, rondalla,
En el ciprés se columpia.
Los ocho niños se marchan
Por arboledas de azúcar.
Alza la noche el palacio
En una escoba de bruja
Y laten todas las voces
Con penachos de ternura.

La ronda, ronda, rondalla:
La piedra el palacio alumbra
Pero se queda el jardín
Sin ocho bucles de luna.
Solo las fuentes doliendo
Mensajes que nadie escucha.

—¿Dónde navegan los niños
De alegre nácar y espuma?
—A donde canta el silencio,
A donde el agua disputa,
A donde nace el confite
Con vacaciones de fruta.

—V—

La
Vieja
Carreta

CATEDRAL de anchos ruidos, voz lenta y pesarosa,
En tí la emigración muge una sombra larga.
Vas girando un planeta mendigo y solitario
Y en los ejes dolidos tu aburrimiento bala.
Frente a la agria disputa del viento con el árbol,
Madura de experiencia, discretamente pasas,
Bamboleante, en un ancho paisaje sin riberas,
Regalando a la tierra tus suspiros de paja.

En la tolda arrugada, tu sonrisa de trapo
Va empinada a una torre de prietas esperanzas.
El sol, como un paisano, se ha tumbado en tu vientre

Ciento Veinte y Seis

Y a tu paso redondo se estremecen las landas.
Tú empujas el minuto sombrío hacia la noche
Y un bocado de cielo saboreas con calma
Para sumirte luego en un lento naufragio
De espigas y terrones y de colinas altas.

Porque el programa escribes de un claro mediodía
Las arboledas te oyen y desde lejos te aman
Y terfen los pájaros y el camino te sueña,
Y el viento te levanta las enaguas de paja.
El otoño quisiera proponerte en casorio
Hablándote en las hojas sus más dulces palabras,
Y espíandote con la honda pupila de los troncos
Cuando al paso, en el bosque, los silencios te ladran;
Pero tú, pastoreando tu rebaño de nubes
Te vas, con el saludo de las viejas cabañas
En tanto que te sale a abrazar la colina
Y te besa el arroyo con las bocas del agua.

Llegas. Llegas y pasas, henchida de caminos
Y estás siempre en la ruta de todas las distancias.
Por eso hay en tus ruedas dos oraciones lentas
Urgiendo la piadosa necesidad del ancla.

Ballet
de los
Pollitos

LA GALLINA, orgullosa,
Alza un grueso obelisco
En mitad de la paja.

Nuececillas al sol
Estos pollitos fueron
Enantes, dalias.

Con patitas de azúcar,
Rosadas,
Son merengues de almíbar
Que cantan.

Burbujitas de miel
Y de ámbar,
Son unas campanitas
Naranja
Que tienen la virtud
Del ala.

Borlitas de azafrán,
Sonajas

Crisantemos champán,
Maracas,
Estos pollitos traen
La clara
De la nube; y la yema
Del alba.

La gallina, orgullosa,
Ya quitó el obelisco
De mitad de la paja;

Y bailan las pompitas
De ámbar
Un ballet quebradizo
De cáscaras. . .

—VII—

Disputa de Judíos: Samuel y Schmuyle

SAMUEL: una bodega de palabras hundidas
En la campana sorda que le crece en el vientre.
Vacidad hecha témpano, se escucha su ceniza
Retumbar en un choque de avispas y de dientes.

Pasma una tuba de órgano el gañote nervudo
Y, en doma de elefantes, dispara agrios aceites,

Ciento Veinte y Nueve

Mientras la vana cápsula de un redondo bostezo
En un lago ululante de carnaduras mece.

Schmuyle: vieja yedra paralela y cuitada
Con lenguaje de espigas y palabras ausentes.
Oruga temerosa ahuyentada de manos
Corriendo en una sombra que tiembla y anochece.

El pájaro del miedo le pica la epidermis
Y le pone en los labios una mueca silvestre.
Habla con el murmullo de la gota olvidada
Y, de pared adentro, una protesta muerde.

Los dos tañen montañas de inútil desvarío;
Hasta que, tras los gritos que trizan agrias nueces,
En un cohete ronco donde giran los brazos
La blasfemia infecunda explota y se tuerce.

—VIII—

El Mercado de "Limoges"

COMO una cifra enorme se abre, en hierros, la puerta,
Dando sorbos de gente, bajo el clarín sonoro:
Discurren las palabras y se alza el vocerío
Deshaciéndose en números de aritmético gozo.

Ciento Treinta

El mercado deglute las palabras manidas
Mascullando intenciones en gárrulo retozo.
Vuelan palomas blancas de ofertas silenciosas.
Gruñe la negativa su arisco "no" redondo.

Sobre un tambor de voces laten viejas navajas
Los dedos donde aguza sus uñas el negocio;
Y el sol, como un gendarme, va pasando revista
A un pueblo de legumbres que chillan como loros.

Con su lengua amarilla lame el viento las frutas
Que duermen embriagueces de aroma capitoso
Y una loca disputa de colores y gritos
Desenvaina en el vértice agudo de los codos.

Innumerable abeja, molino de altas manos,
Ventruda capital de la angustia y el oro:
Degüellas en tu mundo todas las fantasías
Y el sueño no se atreve a palpar tus contornos.

—IX—

Las Catacumbas

Sepulchrum Romanum

ETERNIDAD DE ROCA, densa de graves sombras,
Frontera gris del tiempo, soledad que hace muecas,

Ciento Treinta y Uno

Ornamental palabra empinada en los siglos,
Grito de vaciedades, dimensión del lamento. . .
Colmena abandonada torciendo el propio aullido,
Cavas tu subterráneo con un soplo siniestro
Y en tu noche sin raíces la tiniebla absoluta
Clama desde la piedra la embriaguez del espanto.

Arde y se rompe el grito en astillas de muerte
Y el vértigo del miedo acosa con tus manos.
Tu piedra tenebrosa es una frente augusta
Cautiva en la oquedad infinita del llanto!

Eum Mortis in Lingua Morta

Hay un viento que gime aguzando palabras
Extinguidas, ocultas, aniquiladas, finas,
Virutas de palabras desvalidas y muertas,
Hilos rotos de ausencia en sílabas baldías.
En la cárdena llama del silencio asombrado
Hay una voz que hiela, absorta en lumbre fría:
Y un eco de cenizas que se escapan en ronda
Hace cantar al polvo con sus lenguas vencidas.
Ciudad de los sollozos ateridos de piedra,
Tu muro es la palabra más alta del Designio:
Porque en tí desembocan todos los temporales
Y están plenos tus poros del vaho del Infinito.

La Cabaña de la
Bruja "Baba - Yaga"

ESTA ES LA CABAÑA de la Baba—Yaga:
Aquí están sus hijos, los cuatro huracanes.
Aquí las serpientes de lava y azufre.
Aquí el zanco y la ala de los vendavales.

Esta es la cabaña de la Baba—Yaga:
Su marido, el trueno, prepara vinagres;
Y su guardia negra de lobos nocturnos
En verdes eclipses afila puñales.

Esta es la cabaña de la Baba—Yaga,
Tarántula roja nutrida de sangre,
Vestida de ortigas, jinete de escobas,
Que en los campanarios enciende aquelarres.

Esta es la cabaña de la Baba—Yaga.
Cuecen sus marmitas corazones de ángel.
En las humaredas cuajan los venenos.
Sus alas de trapo los vampiros abren.

Esta es la cabaña de la Baba—Yaga,
Con una coraza de veinte caimanes,
Sustentada en veinte patas de avestruces,
Con veinte ataúdes colgados de imanes.

Esta es la cabaña de la Baba—Yaga:
Cuando sus cuatro hijos salen a pasearse,
En el cielo quedan solo astros enfermos
Y la pobre tierra empieza a cuartearse.

—XI—

El Portón de la
Antigua Fortaleza
de Kiew

Oh majestad unánime resplandecida de astros
Oramen de la historia con ensueños de piedra!
Tu soledad de océano te viste de reflejos
Y la gloria te tiñe con gama de banderas.
Tu muda geometría eriza sus espadas
Y acaso te fatigas de alzar tu sombra inmensa;
Pero hinchas tu estructura como un "yo" cejijunto
Que solo se preocupa de aquello que recuerda.
Y, pues, si te visitan los huéspedes de antaño,
En tus muros te palpas si tienes cartucheras,
Y tus bravos clarines soplan su azúcar de oro
Y por todas tus grietas pones cara de fiesta.
Entonces, a lo lejos oyes el canto heroico
Que en el túnel del aire se desliza y acerca
Y como una muchacha sensual, te pones limpia,
Y en tu más alto friso colocas una estrella.

Ciento Treinta y Cuatro

¡Dejad pasar de largo los corceles del viento,
Que la legión triunfante viene gloriosa y lenta!
Roja de sangre y hierros camina la victoria
Hablando con las bocas de las heridas frescas.
Gritan los estandartes su múltiple alarido
Y el cielo, bruscamente, se tiñe de epopeya.
El horizonte ladra sus más viejos asombros
Y los fuegos sagrados desnudan sus hogueras.

Blasfemias musicales, hojas de plata rubia,
Las campanas revuelcan sus frentes en la tierra
Y en un aire nervioso de manos perseguidas
Multiplican metales que tunden y golpean.
Campanas que abren surcos para sembrar espadas.
Campanas que alzan cascos y que aguzan espuelas.
Campanas estalladas en un largo alarido
Meciendo por el aire una hamaca de estrellas.
Campanas convincentes, campanas armoniosas,
Yunque de altos cristales la victoria golpea:
Y en el cielo se vierte la augusta llamarada
Del triunfo que traspuso la arcada gigantesca.



Disputa
Del
Paisaje

Cartoncillos
de la
Montaña

Luna

Luna de "Punktal Zeiss"
Luna de óptica alemana.
Obturador entreabierto
Para la noche fantástica.

Febrero Odorante

Libélulas de celofán.
(Huele el ambiente a Fray Luis).
Se alza la voz del olvido.
(Huele el ambiente a Fray Luis).

Pomas

Febrero sabe a durazno
Y a corazones de mirlo.
A suave poma celeste.
A noche de amor. A río

Sol

Sol de las calzas rojas,
Payaso de los tejados.
Sol bravucón, mañanero:
Sós un táita.

Vega

La vega loca de ríos
Trajo siempre la locura
De las aguas corrientes.
Se alza las polleras verdes
Y se cruza los ríos,
Desnuda.
El cerro lúbrico
Sale para mirarla.

Abeto

Al abeto pintor
Le regaron el frasco
De añil por el cielo.

Nocturno

Aromas de la noche
Vienen a mí.
Un violín.

Rueda de la ausencia en los oídos
Rueda sin fin.
La brisa anda metida
Con los floripondios.
Un violín.
Campánulas de luna.
Mi capa es un copo de olvido.
Murió el violín.



PASTELILLOS
DEL
MAR

Pastel Primero

Balsas
a la
Orilla

Duerme un sueño redondo la naranja.
Yo no sé dónde afile a estas horas el grillo
La hachita luminosa que le suena en el ala.

Balsicas orilleras
Con su ramada de hojas
Para dormir la pena.

Ciento Cuarenta y Dos

Pasa el puñado de hombres —viento macho—
Sobre el negro pulmón de los camiones.
Pasa el puñado de hombres con el gesto
Hecho ángulo de escuadra sobre el pecho.

Las balsas los contemplan
Como hembras desnutridas
Que a esperarlos se acuestan.

A esta balsa, el cholaje de los brazos curtidos
Le ayudara en su parto de cemento y arena.

Hasta hoy nadie ha sabido cómo estas balsas negras
Trajeron a su bordo a la ciudad entera.

Pastel Segundo

Tragedia y Noción de la Arena

Quedó la mañanita tumbada sobre el muelle;
Y el arenero pasa. Con sus ancas de suela
Es Atlas que levanta deleznable planetas.

Este es el hombre oscuro, éste el loco sombrío,
Este el dios prieto que alza menudas cordilleras.

Arena del bajío
Nacida en la marisma:
Traes el alma chola
Y en tus médanos quiebras
La blasfemia y la risa.

Arena espesa y prieta:
Tú eres esa montaña que moviera el profeta.
Con tu pellejo oscuro
Eres, como las otras, una espalda morena.

Arena del bajo
Traída cada tarde al hincharse el aguaje:
Hasta el muelle más negro te hace el quite
Y, a que te salten, tienes que esperar la vaciante.

Arena, hembra modesta del cemento:
Alguna flor de histeria
Llorará tu tragedia en viejos metros
Por matar neurastenias.

Pero el cholaje oscuro de las ancas de suela
En un tiesto de angustias adoba las blasfemias.

Pastel Tercero

Paisajillo

Junto a las barandas orilleras
La pareja gorgorita los besos.

La casa del parterre
Desde ha rato le guiña a ese navío
con su pañuelo de nube.

En la calcomanía del velamen
Abre una brecha el viento.

Rubrican el paisaje cinco garzas
Con la firma cubista
De esas dos chimeneas.

Pastel Cuarto

Vestigio

Negra orilla.
Farol.
Olor bravo, de estero.
Rumor.

La balsa en el bajo.
Farol.
La voz cae a la sombra:
—¡Yo le vide al lagarto!
—¡Jay, Dios!

Negra orilla.
Farol.
Sombra y peces de sombra.
La voz:

—¡Cómo apesta a lagarto!
—¡Jay, Dios!
—¡M'hijo! ¡Quién me dá m'hijo!
—¡Mostrá bien el farol!

Olor bravo, de estero.
La voz:
—¡Cómo apesta a lagarto!
—¡Jay, Dios!

Pastel Quinto

El Poeta
Ofrece el Mar

Mujer de los trances románticos
Y espiritual palor:
Ven a mirar conmigo
Los senderos del mar.

Con los navíos quietos
Nos pondríamos a jugar
Como lo hacíamos entonces
Con los arroyos de la heredad.

La sombra de las altas chimeneas
Se pudren de quietud
En el temblor de los oleajes
Y en el dolor del mar.

El soplo clorurado
Vierte la risa tropical:
Alcánzame el marco de tus labios
Para esta risa sin igual.

Luces del puerto. Las bombillas
Aniegan la ciudad.
Es la hora caprichosa en que revientan
Blancos nelumbos de ansiedad.

En las quillas, rezonga
La canción monda de ultramar:
Tu garganta tenía
Este desnudo armónico del mar.

Mujer de los trances románticos
Y espiritual palor:
Ven a mirar conmigo
Los caminos del mar.

En las noches perplejas de las aguas
Las anguilas nudistas
Pasean con un ritmo singular
Como paseaban, lo recuerdas,
Los dedos del silencio caricioso
En la tez del jardín crepuscular.

Hay humo en los navíos.
Hay humo espeso y lontanal.
Como ese que solíamos
Tras los cristales del ensueño
Contemplar.

Hay luna y brisa y hay rumores.
De la caricia universal.
No tiembles, porque todo,
No obstante, es siempre igual.

Tan solo estos caminos
Que caen hacia el mar
Como el destino intenso
No saben dónde van. . .

Pastel Sexto

Barcarola

Marina, paisaje de mar.
Te has comprado cabellos de viento
Y una risa de espuma y coral.

Marina, paisaje de mar.
Un velero ha fondeado en tus ojos
Balanceando en tu risa de sal.

Marina, paisaje de mar.
En el muslo vinoso de la ola
Eres la hembra del sol tropical.

Marina, paisaje de mar.
Es tu risa de espuma una risa
Fabricante de extraño cristal.

Marina, paisaje de mar.
Se me enreda tu nombre en el humo
De los barcos que vienen y van.

Marina, paisaje de mar.
Tienes yodo en el vaho; y eres una
Ondulante palmera sensual.

Marina, paisaje de mar.
Agua mala diz que hay en tus besos
Que echan llagas en donde los das.

Marina, paisaje de mar.
Al tocar tus cabellos de viento
Yo naufrago en tu risa de sal.

ACUARELILLA SERRANA

CON ESE GRAN MACHETE, el jardinero
Parece que degüella al paisaje entero.

Al ciprés le ha volado la cabeza:
Y el sauce se muere de tristeza.

Ahora el jardinero trepa la escalerilla:
Las hojas le voltean una espalda amarilla.

Es tan curioso este hombre del jardín, empeñado
En su rol de asesino del ciprés perfumado.

Jardinero gruñón, solo te burla el viento,
Pues te quita el sombrero de un solo movimiento.

Cuando ella venga a verme, ya el ciprés habrá muer-
(to. . .
¡Oh, que muriese pronto para que fuese cierto!

ARBOL

(A José Carrasco)

Ilímite criatura,
Escucho tu esqueleto y viajo hacia tu párpado,
Y hacia tu voz nervuda de ángel loco en el viento.

Arbol, materia inmensa, tropel de Dios, tumulto,
Dios tú mismo, y como El innumerable espectro.

Ah múltiple fantasma, cordero del otoño,
Rol de la primavera, uña y cruz del invierno.

Dormido, eres el pasto de todas las estrellas.
Despierto, en tí se agitan las pestañas del tiempo.

Traes un dedo en alto sobre los cementerios,
Y es tuyo, en carbón santo,
El corazón de polvo con que te aman los muertos.

Ciento Cincuenta

CANTO
AL
TOMEBAMBA

MADUREZ DEL CRISTAL

*Al Profesor de Literatura
de mis años de Secundaria,
Dr. Alfonso Cordero Palacios,
con sinceridad entera, anhela
como río.*

—I—

Salutación

AVE DE ORO, cruzada punta a punta del viento,
En tu oreja de vidrio va soplando mi canto.

Ciento Cincuenta y Uno

Aquí estoy, padre río, aquí estoy con mi infancia
De la mano traída. Aquí estoy con la Historia
Y con todos los carros de la Historia. Aquí tengo
Los cementos del Inca y el gramil de Bolívar,
Y el bauprés de esperanzas de Colón, y el canasto
De silencios maduros de Ollantay, y el pañuelo
De sonrisas de Kóyllur, y el molino de estrellas
De los ojos de Wayas, y la gran mariposa
De la abuela Colonia, y la cántara fresca
De la risa cacique frente a España Matrona.

Ave de oro, cruzada punta a punta del viento,
En tu oreja de vidrio va soplando mi canto.

Aquí estoy con mi infancia de la mano traída,
Aravicu patriarca, vegetal y barbado.
Aquí traigo, encendido, el jazmín de Castilla
Y en su polen la abeja de la Lengua chupando.
Aquí estoy, padre río, con mi lodo de América
A tu lodo de auroras en hogaza amasado.
Traigo el ángel bandido de la guerra en el puño
Y los niños rosados de la paz en la entraña.
Aquí tengo, aquí traigo para tí, varón ancho,
Caballero de música, todo el vientre del canto.

° ° °

Ofrenda

ALAZAN ENCRINADO de algodones sonoros,
Yo te parto mi verso, y mi pan, y mi manta,
Y mi mesa, y mi casa, y mi miel, y los higos
Del jardín, la sonrisa de los hijos, la mano
De la madre, que pare bendiciones al alba,
Y el calor de la amada, y el tizón de la pena
Encendida y eterna; y el bocado de risa
Mañanera; y el grito de los fresnos de Mayo;
Y la estrella al crepúsculo. La niñez de la rosa.
Las resinas del bosque con pulmón de cortezas.
Y el verano barbudo que amarilla los besos. . .
¡Y, por fin, yo te parto mi ración de esperanza!

Toma y come mi canto como un pan pobre y grueso.
Toma y come mi canto, y mi infancia, y mi arcilla,
Y mi vaso de carne, y mi fruta de música.
Joven potro celeste, navecillas de luna
Se llevaron las nueces de mis años a tu anca;
Y, aunque hoy busco el cobijo de tu poncho de cielos,
Han de hincarme las carnes los cuchillos del ansia.
¡Aquí estoy, y te me abro como un puente en tijeras
Para ahijarme más tuyo con mi són de montaña!

Iconografía

CABALLERO DE VIDRIO en tu potro de vidrio,
Frente a tí pongo el verso cual molino o giralda.
Caballero quijote, tus carneros de espuma
Se te escapan, en tanto se te burla el paisaje.
Padre río, te tiendes, como un cristo de siglos,
Desangrándote auroras, en tu cruz de cristales.
Y te vienes desde antes de jamás a cantarnos
-Con un vaho de astro roto- tu canción de jamases.
Padre río, te extiendes, en un guión de palomas,
Musical e infinito, punta a punta del tiempo,
Y en tu voz -donde rasgas una sábana eterna-
Das un fruto de azúcar semillado de cielos.

ALAZAN ENCRINADO de algodones sonoros,
Río bravo y cantor, joven cabro en acecho:
Aunque llore y apriete sus rodillas el agua,
Con la piedra separas sus dos muslos de espuma.
Padre río, labriego leñador de paisajes,
Tus jubones azules has colgado en los cerros;
Por mirarte, las casas se han parado en dos patas,
Y, a lo largo del tiempo, te hacen guardia los vientos.
Padrè río, en el día como un jívaro hermoso
Juntas todas tus hembras y abanicas los cantos;
Y en a noche, cargado de leones de sombra,
En la esquina del viento te has parado a insultarnos.

o o o

Reclamo

PADRE RIO, en tí rueda, como un aro de luna,
El sonoro juguete de mi infancia dorada.
Padre río, en tí lavo mi hopalanda de música
Y en mi sangre hallo el grito de tus toros de espuma.
Padre río, al rasgarse las mil sábanas ciegas
De tu voz, yo arrodillo la canción en la lengua:
Cantas tú, padre río, cantas tú, varón claro,
Y se callan los vientos y se empinan los astros.
Cantas tú, y en su casa de guijarro y cristales
--Burbujeante de miedo-- se hunde el pez de mi canto.

Exultación

ALAZAN ENCRINADO de algodones sonoros,
De tus cascós de vidrio brota el polvo del canto.
Joven potro celeste, yo te parto canciones:
Alza, en cambio, hasta mí tu tocino de espumas,

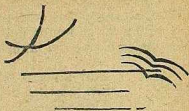
Y hazme un hondo mordisco musical en el pecho.
Tu agua, en senos de piedra, brote leche de siglos.
Tus azules incendios troten todos los vientos.
Con fusiles de brisa caza vírgenes locas.
Haz cuadrarse la lluvia con los sables del agua.
Al riñón de la luna da masajes de nube.
Haz rodar las naranjas de la tarde en tus lomos.
Empavesa los álamos, encristala el silencio,
A tu inquieta pupila pon pestañas de sauce,
Vuelca verdes canastas vegetales, y corre,
Y anda, y márchate, viejo violador de montañas,
Con el hondo latido de mi verso en el pecho,
A tumbarle a la mar como una hembra en las playas!



Mar

Abierto





"El Amor es un estado
intermedio entre el poseer
y el no poseer".

Platón, el Divino

M a r

A b i e r t o

Mar abierto mi sueño,
Sin mástiles ni albatros.
Mar abierto.

El agua ensancha un gran pulmón de vidrio.
Agua verde uva alzando
Sus aplausos de lino.

Con el delfín se escurre tu recuerdo.
Tú caes tierra adentro, silenciosa,
Como el cristal azul de los esteros.

Pájaro enmudecido, la hora suelta
Sus virutas de cielo.

Ciento Sesenta y Uno

Pero tú te me vienes en la nube
Que mueve sus camellos
Cuando en lomos del agua
Salta el pez del anhelo.

Mar abierto mi sueño,
Sin mástiles ni albatros.
Mar abierto.

Mar abierto hacia Dios.
Y hacia el bostezo.



**M e d i o d í a P a r a e l
H a b i t a n t e d e l a
E s t r e l l a**

TENDIDO COMO EL AGUA para poder sentirte
Más allá de ese límite de vaciedad que llenas.

Fuiste como las rosas que se caen de pronto
En un súbito trance, bajo absortas estrellas.

Aquellos días claros parecían perderse
En una lejanía de tácitas violetas.

Aquellos días claros se fueron en tu cauce
Donde cayeron todas mis hojas que gorjean.

Tú eras suave y pequeña. Yo era ese viento fuerte
Que, aturdido, arrastraba azules cabelleras.

Tú eras suave. Como esos olorcillos que inundan
Las axilas del césped en húmedas praderas.

Misteriosa y profunda, pasmada en estupores,
Hoy eres el país que me llama y me ausenta.

Por eso, como un viento sacudido de rosas
Se deslizan en mi alma antigua tus presencias.

Noticia del ayer, presunción del mañana,
De todas mis agudas distancias te apoderas.

Abierto en el silencio como un libro olvidado,
La muerte anda a mirarme con su sórdida cuenca.

Oyendo tus livores de nardo en plenilunio
Soy los brazos en cruz perdido en tu honda huella.

Pero estás encendida gritándome y te escucho
Vivir dentro mi vida laténdome en las venas.

Me gritas y te escucho y te cazo en el pulso
Y te siego en la imagen y te anudo en la idea

Y te tomo y te vierto y aquí estás, infinita,
Inundándome el canto con tu clara respuesta.

Mediodía que traigo estirado en el verso,
Aquí estás centelleando tu rotunda presencia!

V é r t i g o d e l a
E v a s i ó n
I n f i n i t a

(El Poema de los Sentidos)

Traías esa noche senos en media luna
Huyendo entre mis manos.

Te me apegabas toda como una mariposa
O como un viejo barco.

¡Ah cómo eran de locos los vientos de la sombra
Corriendo bajo el cielo hasta tu cuerpo claro!

El coche. El coche aullante, llevando en pulsos huecos
Tras los vidrios del viento tus trémulos encantos.

El coche. El coche gárrulo ahuyentando al camino,
Mientras te respiraba completa entre mis brazos.

Traías esa noche senos en media luna
Huyendo entre mis manos.

En tus nocturnos lirios, mi sueño. La Vía Láctea
Arropó tu garganta con su pañuelo de astros.

Ciento Sesenta y Cinco

Mis dedos, en puntillas, marchaban por tu nieve,
Poniendo patas rotas de insecto mutilado.

Pequeña, mi pequeña, quién creyera que entonces
Afilaras venenos y cavaras naufragios!

Pequeña, mi pequeña, cuerpo de espiga loca,
Como un pájaro triste se me murió tu mano.

No sé por qué yo entonces no luché con la noche,
Y con todos los astros,
Y con la sombra inmensa, con el destino inmenso,
Y con el mar lejano,
Y con tu nieve injusta y con el viejo grito
Que alzaba oscuras garras arañándome el llanto!

Y te marchaste. Entre anchos golpetones de viento.
Sobre la noche ciega los besos se apagaron.

Traías esa noche senos en media luna
Huyendo entre mis manos.



V e r e d i t a
d e l
B e s o

Granjita.
Granjita de techo rojo,
Jardín y palomar.

Caballo.
Caballo de ojazos grandes
Mirádonos amar.

Vereda.
Veredita quebrada
A izquierdas del valladar.

Veredita.
Veredita aromada
Del eucaliptal.

La granja blanca.
La granja blanca con poyo
Y un césped hecho para amar.

Río y piedras.
Río y piedras en la tarde:
Angel labrado en el cristal.

Bosquecillo aromoso
Húmedo de luciérnagas y ranas
Y un viento de azafrán.

Aquí bésame en puntillas.
Aquí bésame. El silencio
-Este silencio- es un silencio
De besar. . .



Trance en que Disputan el Trópico y el Glaciar

—A todos los niños terribles que, como los Pablos y las Figatas, sueñen "partir" y jugar el juego fuera de las alcobas quietas de Jean Cocteau—.

Viñeta Primera

SUEÑA, NIÑA, tu sueño.
Sueño incendiado en nieve.
Sueño de millas caídas al océano.

Sueña, Niña, tu sueño.
Sueño del hombre ártico.
(Haz un hoyo en la nieve
Y nútrello de viento).

Sueña, Niña, tu sueño.
Trae gente ballenera
Con canciones de mar y hombros de hielo;
Ponte la piel de nutria,
Cruza el bosque de abetos
Y a una luna de lobos
Paséale a tu hombre en un trineo.

Sueña, Niña, tu sueño.
Sueño desvencijado en las cuadernas,
Que hace agua en los remiendos.

Sueño de ojos azules. Sueño de Oslo.
Sueño de Alaska. Sueño
Que fabrica el cristal de los glaciares,
Sueño que tiene esquís, focas y renos.

Sueño en que fueras tú la fugitiva
De un pirata moreno
Puesta a salvo en los brazos
De tu amador bermejo.

V i ñ e t a S e g u n d a

HOMBRE ARTICO y hermoso, que cenaras
En cobertizos chatos, junto a un lago
De pescadores rudos y sinceros.

Hombre ártico, ya puedes sosegar te,
Que aquí ella tiene el fuego
De tus vivacs, prendido con las trenzas
De mi trópico enhiesto.

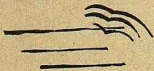
Aquí está su pasión tupida y bella
Que hace al zodiaco intenso.
Aquí están las palmeras musicales
De sensual cabeceo.
Aquí el sol del estero. Aquí el murmullo
Que entibia un verde calendario eterno.

Hombre ártico y azul, no la codicies,
Que te caerá a la sangre su veneno;
Que te puedes morir, y tú quisieras
Vivir por largo tiempo.

Hombre ártico y azul, no la codicies,
Porque no has descubierto
Tras la piel que tocaste levemente
Su continente pleno.

Hombre ártico y azul, no la codicies,
Que ha de criarte miedo
Si te vas a encontrar con un criollo
Que amansa el huracán y ata los vientos.

Y, sobre todo, escucha:
¡ Porque yo me la tengo !



M o r a d a I n t e n s a d e l
A n h e l o

AQUI ESTAS, oh palabra
Conducida en el eco.
Desde el oscuro cráter
Se me ha puesto a dar voces el recuerdo.

Tú naciste en la tarde
Suspendida de todos los gorjeos.
Por eso, ante la estrella cristalina
Hoy eres una gota de silencio.

El estanque, al crepúsculo, tiñóse en verde olivo.
Tu rostro era un planeta en su hondo firmamento.
Brotaba en tu mirada la semilla de un astro.
Floreaban los fresnos,
Y los nocturnos elefantes
Llevaron en cada ojo la burbuja de un beso.

Tú lo viste, lo viste,
Y me lo señalaste con un dedo:
En el río que se iba inventando paisajes
Salían nuestras voces a beber como ciervos.

Alzó el ocaso su ancha catedral de amarantos
Con campanas de ajeno.
¡Ah, cómo reventaban esas ranas
Abriendo a la pradera sus más verdes agujeros!

De la zona del trino
La noche iba viniendo
Como un yo poderoso
Dueño de un corazón gigante y lento.

No hubo arroyos de luna
Ni colmillos de viento,
Surtidor de promesas
Ni esperanzas en vuelo.

Tan solo un gran silencio naufragado
En un charco de besos.



L a m e n t a c i ó n O s c u r a
d e l P a s e a n t e I n g e n u o

¿QUE VIENTO, QUE GRITO eres que así llamas
Desde aquel faro ciego en que te pasmas ahora?

Nada tengo sin tí, que estás lejana
Hecha camino y huella y viento y ola.
Nada tengo. Mi corazón se hunde en la noche
Donde cruzó tu sombra.

¿Qué viento, qué grito eres que así llamas
Con tu voz de montañas y de auroras?

Por alcanzar tus pájaros me he disparado al sueño
Como un bólido de ecos que chispea y galopa.
Como un bólido henchido de canciones
Y de palabras locas,
Y de voces como esas que cortabas
En las hierbillas olorosas.

Hierbecillas del agua. Tú eras esa
Sonrisa sumergida entre las hojas.
Delgada como el agua, solo estabas
En esta hebra de arrullo de mi boca.

Tú fuiste miel y abeja, flor y fruta
De claridad jugosa.
Cerca y lejos, quebrándote en la brisa
Constelada de música en un loco
Molino de fragantes mariposas.

Tú fuiste el grito azul sobre la noche
Del pueblo iluminado con tu sombra
Cuando hinchó mi palabra el globo ingenuo
Del corazón, en la agua de las cosas.

Nada tengo sin tí que estás lejana
Rodando en el silencio que enarbola
Sus racimos pungentes, sus cenizas
Y sus ventanas sulfurosas.

Nada tengo sin tí que estás lejana
En el llanto, en el eco y en la proa
De la canción que sopla ángeles locos
Apuntando a tu costa.

Nada tengo. En las raíces de la hierba
Hay un grillo que asoma
La hilacha frágil de un suspiro
Que se quiebra y te nombra.

Nada tengo. Tan solo tu honda huella
Cruzada por mi sombra.



P e r s e c u s i ó n d e l a O c u l t a P r e s e n c i a

¡AH, esta humedad de besos en mi boca latiendo!
¡Ah tú, leve presencia perseguida de manos!

Canta la noche un río de recuerdos humosos
Con los pulsos viajeros siempre hacia tí inclinados.

Viento de hoguera loca que me soplas canciones
Y que me andas buscando a las puertas del canto.

En la boca del tiempo mi soledad se enciende
Y da gritos oscuros de ensordecido náufrago.

Centinela de nieve, hoja, pétalo y ala,
En mi mejilla tiembla todavía tu mano.

Y en la agua de mis ojos, donde fuiste y no fuiste,
face olas la tristeza que corre al desencanto.

Repercutida en mí como el eco perenne,
Me sueñas y me sueñas en todo el desamparo.

Presencia, honda presencia, escondida presencia,
Ya no tengo tu mundo de estrellas y de pájaros.

Mi corazón te llama rodando en las distancias
Y aquí estoy en la ausencia gritándote que te amo!



S e n d e r i t o

SENDERITO que hueles a dicha
Y a cielo perdido.
Senderito en que triscan los sueños
Y crece el olvido.

Senderito callado y oculto
Por donde ella vino.
Senderito de ayer, camarada,
Colega y testigo.

Los chirotes disparan al aire
Saetas de trinos.
En la fronda sonora, la brisa
Se rasga el vestido.

Senderito que hueles a menta
Y a vaho de eucalipto.
Senderito callado y oculto
Por donde ella vino.

Con su tamborita y en el viejo tronco
Junto a su musgosa ventana sin vidrio,
La rana le llama a la lluvia
Con tres golpecitos.
Se han dejado venir en la tarde
Tus pasos antiguos;
Y te escucho en las voces del viento
Que flecha silbidos.

Yo te escucho. Amancayes morenos
Velan el camino.
Unas hojas se caen. Los vientos
Se quedan dormidos.

Senderito que hueles a dicha
Y a cielo perdido.
Senderito en que triscan los sueños
Y crece el olvido.

Del recodo de sauces que gimen
Sus verdes suspiros
Me ha salido a abrazar el recuerdo
Como un viejo amigo. . .



**M a d r i g a l i l l o d e l a
P a l m a N i ñ a**

TALLITO de palma niña
Como esas de tu terraza:
¿Por qué serás tan bonita,
Tan humedita de gracia?

Junto a tu azul ventanita
Te peina la luna y canta.
¿Le tienes miedo al verano
Que con mis vientos te llama?

Recuerdo que tu manita
Volaba siempre a mi cara:
Mi boca buscaba, entonces,
Las yemecillas rosadas.

Tallito de palma niña
Como esas de tu terraza:
¿Por qué serás tan bonita,
Tan humedita de gracia?

Aun cuando tú no lo creas,
Pero yo estuve en tu casa
Tocando con los nudillos
Los vidrios de tu ventana.

Palma - Niña iba de fiesta
Con caderas de guitarra.
Yo me quedé con el viento
Mordiéndolo almendras amargas.

Y me marché. Solo el viento
Quedó en tu baja ventana.
Viento galán que enamora
A las estrellas más altas.

Viento galán que te besa
Las pequitas de tu cara:
¿Quién puede ser, amor mío,
Sino este viento de mi alma?

Pero escucha, Palma - Niña,
Madrina de tu terraza:
Si muchos vientos te buscan,
Solo hay un viento que te ama.

Presentación de Nelumbia

("Graciela Liliana tiene
Polvo de luna en el pelo
Y del color de sus ojos
Están pintados los cerros.
Para su boca maduran
Los naranjales del cielo").

Oscar Castro

"Elogio de Graciela Liliana"

..°°°

MAS QUE GRACIELA Liliana
Nelumbia trae en su cuerpo
Palomas de frágil luna,
Metales de astros bermejos
Y nievecillas bordadas
Con alhelfes de besos.

Ciento Ochenta y Tres

Para el jardín de su frente
Sus juncos le teje el sueño.
Para sus cejas lustrosas
Bruñe la sombra su espejo.
Para su cutis de brisa
Su escarcha le dá el lucero.

Más que Liliana, Nelumbia
Lleva cristal en su cuerpo.
Axilas de rosas claras
Se entreabren en sus reflejos.
Dos torrecillas de espuma
Nievan canción en su pecho.

En su garganta, Nelumbia
Trae un collar de gorjeos.
Moja la trenza nocturna
En agua de soles muertos
Y viento no hay que la mire
Sin perseguirla de lejos.



Desde tu campo de espigas,
Liliana, asómate al eco:
En esa playa de estrellas,
Descalza de húmedos besos
Nelumbia lava su risa
En los aceites del viento.

C a n c i ó n d e l J u g l a r
T a ñ e d o r d e A l t o s
V i e n t o s

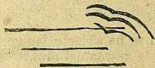
CON un bejuco de luna
Yo vengo a atarte canciones,
Niña crecida de aromas
En huertos del horizonte
Meciendo en agua de estrellas
Junquillos de brisa joven.

Por tí se ha abierto las venas
El cielo detrás del monte;
Florecen tiestos de trinos
En musicales balcones;
Y por traerte luceros
Las nubes, lívidas, corren.

Niña mecida en un muslo
De plenilunios y flores,
Para tañer tus cristales
Hay pájaros de altas torres
Que buscan por tus veredas
Semillas de viejas voces.

Yo, en cambio, soy como un viento
Que gañe sus acordeones
Soplando pompas de canto
Llenas de céfiro y bosque
Para pintarte en el iris
Ventanas de mil colores.

Por eso, con mi bejuco
De luna, atando canciones,
Me voy, camino del viento,
Sin que tú sepas a dónde.



R o n d a d e l A m a d o r I n s o m n e

CALLADA y perfumada
Como el rincón de un huerto.

Aquí estoy, en las huellas que dejaste,
Abierto en cruz de amor para sentirte.

En nuestro prado intenso
El dibujo rupestre de la luna
Desemboca un harapo cristalino.

Aquí soy este grillo ebrio de luna,
O este gran viento henchido de paisaje.

Aquí estoy, en las huellas que dejaste,
Abierto en cruz de amor para sentirte.

El río.
El río y sus enjambres de honda música.

La media luna es una
Ingenua chalupita
Para viajar a tí.

Ahora eres la sombra.
Esta sombra húmeda e insepulta.

Solo tengo tu nombre
Para cantarlo al sol de las cigarras.

Y estarás así siempre, alta y vacía,
Como el cristal eterno de este cielo.

Callada en alta estrella y perfumada
Como el rincón de un huerto.



D e n u n c i a d e l a A l o n d r a F u g i t i v a

SUAVE y pequeña alondra transida con mi canto:
¿Cómo podré apartarme de tu dorada huella?

Alcánzame esa brisa que se duerme en tus manos
Para morir sabiendo que tus brisas me besan.

Hay un silencio opaco prolongando tu sombra
Hacia donde mi sombra con la tuya se enreda.

El cristal de esta lágrima que empaña mi pupila
Enciende un astro amargo donde vive mi pena.

Ahora vienes como esos vientecillos lejanos
Que mueven suavemente las hojas y se alejan.

Vientecillo que fuiste y que entras a mi alcoba
Y que soplas mi sangre y enciendes mis planetas.

Vienes en largo viento cuando izo mis canciones
Y entonces la alegría se pone a hinchar mis velas.

¡Oh luna prolongada sobre la niebla inmensa!
Mira bien que tan sólo sobre mí te reflejas.

Luna mía, astro mío, mi estrella fugitiva,
Te ladrarán abismos en las anchas tinieblas.

No sé por qué presiento que te sigo teniendo
Como la sangre ardiente que me bulle en las venas.

No sé por qué imagino que me diste tu risa
Como una cinta larga que me ata y que me acerca.

Y que jamás tu vida puede irse de mi vida
Si cada vez mi carne a la tuya se enreda.

Suave y pequeña alondra transida con mi canto:
¿Cómo podré apartarme de tu dorada huella?



D i c h a d e l a M a ñ a n i t a
J u g o s a

¡QUE LINDA esta mañana vendiendo cascabeles!
El sol halló en los pinos sus mejores pinceles.

La libélula rosa de la cola celeste
Canta en tu corazón una canción agreste.

En tu ventana, el cielo riega un ancho bostezo
Que te despierta unvida con óleos de mi beso.

Tu alegría chorreante me suena en el oído
Con su acidez jugosa de fruto presentido.

Y el alba, que es mi amiga a la vez que tu hermana,
Por llegar a tu boca se ha tornado en manzana.

Manzanita del alba, sonrosada y espesa:
¡Cómo hueles a dicha como ella, cuando besa!



O r a c i ó n y F u l g o r d e l a F e y d e l a E s p e r a n z a

TE ADORO,
Planeta mío, oculto en frontera y distancia.

Te adoro,
Agua de luz creciente en la noche de mi alma.

Te adoro,
Carne y sustancia mía y mi propia palabra.

Te adoro,
Brisa que empuja el vaho tibio de la esperanza.

Te adoro,
Porque eres el secreto de mi oculta algazara.

Te adoro,
Porque todo lo abrigas con tu sola mirada.

Te adoro,
Porque crezco en mi fuga hacia tu zona brava;

Porque me hundes, completo,
En el paisaje fresco de tu eterna mañana.

Porque a un golpe de besos
Te me abriste cual libro en conocida página.

Porque eres esa voz y ese poder y ese ancho
Secreto de mí mismo que te convierte en garra.

Porque eres mi presencia,
Porque eres mi sustancia,
Porque eres mi adjetivo en desamparo
Y mi ornamento dúctil, y mi onda, y mi cabaña,
Mi espina, mi silencio, mi dimensión, mi risa,
Mi gesto, mi naufragio y mi antigua mirada,
El pez de mi conciencia y mi arco iris a flote,
Mi comité de ensueños que no tiene programa,
Mi ajuar de sombra y luz, mi cuenca y mi eco en fuga,
Mi lluvia estremecida, mi sombra congelada,
Mi jardín y mi viento, mi fuerza subrepticia,
Mi pueblecito manso y mi alcoba cerrada,
Mi orilla de nelumbos, mi límite de nardos,
Mi nubecilla rosa donde la estrella canta,
Mi rueda de fortuna teñida con mis versos,
Mi boca, mi honda boca diciendo mis palabras,
Mi noticia y mi estatua y mi agudo silbido,
Mi pregunta constante, mi respuesta callada,
Mi pacto y mi discurso, mi esquirla y la viruta
De mi propia madera donde quedas tallada.

Te adoro, porque me haces cosquillas en la sangre,
Y porque eres la vértebra de luz que me faltaba,
Y porque eres mi torre, mi disputa y mi síntoma,
Y la eterna inquilina de toda mi esperanza.

Te adoro, mujer mía,
Mujer hecha con agua de rosas y manzanas.

Te adoro, mujer mía,
Porque desde los astros hasta mí te resbalas.

Te adoro, mujer mía,
Porque te abres en mí como una ancha ventana.

Te adoro, mujer mía,
Porque eres mi árbol quieto y mi bocado de agua.

Te adoro, mujer mía,
Porque eres mi deseo de andar colinas altas.

Te adoro, mujer mía,
Porque hay toda la música del mundo en tu garganta.

Te adoro, mujer mía,
Porque eres aquel ángel que siempre estuvo en marcha

Te adoro! y tú bien sabes
Que si me habitas todos los ángulos del sueño
No es raro que te diga por qué mi amor no te ama!



**Comedia y Versión
de la Sombra en el
Bosque**

Venus: - Bárbaro, ahora juegas?

Amor: + ¿Pues no soy niño yo, querida madre?
(**LOPE DE VEGA CARPIO** — "La Zétoa sin Amor")

Pájaros, pájaros, pájaros.
Canción del bosque pleno.

¿Dónde te escondes ahora? Yo te creí en la estrella.
Brincoteaba el canario de tu risa en las ramas
E hinchaba caracolas de mar el alto viento.

Quiero aspirar tu sombra como un perfume antiguo.
¡Ah, el rumor de todo ésto!

El sol cae en los arces.
Esta es la zarzamora
Que hincó el diente en tu dedo.

Ciento Noventa y Seis

El sol cae en los arces.
Ahora eres para mí un nuevo país incógnito.
En las viejas raíces se pudre tu recuerdo.

Oye sonar el trino.
Oye sonar el trino.
Oye sonar el trino recortado en mi verso.

Oye sonar el trino,
Que rueda entre las 4 paredes de la estrofa,
Tañendo altos cristales en el metal del viento.

Las hojas dejan caer sus palabras inútiles.
No es cierto:
No es cierto; tú no estabas conmigo
En esta majada húmeda, en este prado lento.

Caen, caen las hojas.
Con un dedo en la boca ha enmudecido el tiempo.

Esa patrulla de árboles detiene a la colina:
Así mi brazo fuerte tu cintura ciñendo.

Tú fuiste aquella rama delgada de jazmines.
Tú fuiste aquella cosa delgada como rama.
Tú fuiste aquella rama.
Tú fuiste esa colina, y esa rama, y el río,
Y esa piedra sentada en el paisaje eterno.

Tú fuiste... Nó. Mentira.
Tú no estabas en ésto.

Nunca fuiste la nube de marfil, ni esta brisa,
Ni este puñal de angustia que asalta mi silencio.

Tú no fuiste la lluvia, ni el barro, ni aquel tronco,
Ni la cinta en la nuca, ni los líquidos besos
Bajo las gotas caídas de las hojas. No fuiste.
¡No fuiste! ¡Nó! ¡No fuiste!
¡No fuiste todo aquello!

Porque... ¿Quién eres tú, a qué planeta
Pregunto? Tú no existes.
No existes. Todo duerme.
El sol duerme en los arcos
Como un grave ranchero.

Pájaros, pájaros, pájaros.
Canción del bosque pleno.

El sol duerme en los arcos.
Ya no hay barro ni gotas
De la lluvia cayendo
Desde las altas ramas
Sobre la cruz del beso.

Quiero aspirar tu sombra como un perfume antiguo.
¡Ah, el rumor de todo esto!

No brincotea el ave de tu risa en las ramas,
Ni sopla caracolas de mar el alto viento.

Las hojas sueltan todas sus palabras inútiles.

Nada existe en el eco.

Copla de la Maravilla

—1—

Corola,
Mi niña,
Creciendo la imagen
De la Maravilla.

—2—

Florece
Mi niña;
Da sienes de savia,
Trae luz de tí misma.

—3—

El cabro del viento
Te grita:
Dale hojas de cielo,
Sonrisas.

—4—

La abeja del sueño
Te silba:
Dale miel de verso,
Mi niña.

—5—

Dobles soledades
Abre en tus pupilas.
Silencios de nieve
Echa en tus mejillas.

—6—

Corola,
Mi niña,
Creciendo la imagen
De la Maravilla.



C i r c u i t o d e l V e r a n o I n t e n s o

BAJO LA AZUL menguante de tu ausencia,
Sudoroso de sombras, anochezco.

Los vientos mayordomos del verano
Me proclaman a gritos tu recuerdo.

Al lacerante aullido de la noche
Sale a mirar la luna por los cerros.

Y encuentra a las estrellas señoritas
Tratándose aplicar menudos senos.

El río anda a combarse en verdes ancas.
La luna entorna párpados abuelos.

Ballet de las estrellas en el río
Con sombreros de copa y altos pechos.

Ballet de las estrellas. Doña luna
Le hace al río pimpante un agrio gesto,

Y aunque cierra cortinas en su palco
Tiene una ancha sonrisa para adentro.

Bajo la azul menguante de tu ausencia,
Sudoroso de sombras, anochezco.

Soy el solo paseante que se aleja
De la fiesta de todos. El ajeno.

¡Cuán locas las estrellas señoritas
Tratándose aplicar menudos senos!

Remontando los filos de la noche
Hacia remotos climas voy huyendo.

Ante la lamparita de tu nombre
Se desmaya la rosa del silencio.

Y esta pobre quietud es la mendiga
Que se muere a las puertas de tu templo.

Noticia del Corazón Volante

FRAGIL ARO de luna en las manos de un niño,
Quebró nuestro minuto su lámpara dudosa.
Tus ojos anunciaban alegremente el trance
Y se aflojó tu cuello, de pronto, en el abrazo.

¡Ah, corazón volante de la tarde contigo!
Mi mano, en la caricia, trepando altas murallas,
Pernoctando plumajes, quebrando arcillas blandas,
Mientras se alzaban todas las lenguas de la tierra.

En las lunas del seno mi beso lacerante.
Tú fuiste la noticia del verano en el vientre,
En los muslos, en la amplia cadera de colina,
En los largos rebaños de la carne en entrega.

¿Cuántos astros, mi Amada, parió al cielo tu entraña?
¿Qué loco, entre las gavias, gritaba mi tristeza?
Entonces era tu isla mi corazón volante.
Voló y quedó prendido en tu risa de alambre.

Voló y quedó prendido en toda tu blancura
Giratoria, espejeante, sobrevenida en bruma.
Así en conciencia y sueño, como un ebrio planeta,
Surgió tu estatua loca de lo hondo de la tierra.



Invitación al Adiós y a la Sonrisa

*"Je ramassais les plis des souvenirs épars,
Comme de son manteau fait un homme qui part
Et fonce en frémissant dans l'ombre et dans la bise".*

Emile Ripert

A QUE GALOPE un viento de recuerdos
Un día abrí mi voz en tus jardines.

Hoy pongo pasos trémulos y parto
Hacia donde no existes,
Hacia donde mis ángeles nocturnos
Te piden que no mires.

Doscientas Cinco

Aquí queda la estrofa. Aquí la abeja
De mi sueño persiste.
Aquí mi verso te alza sus estrellas
De azúcares sutiles.

Mientras por tus colinas se anda un grito
Que quisiera decirte
Con su voz de lejanas mariposas:

“¡Enciéndete!” “¡Sonríe!”



Perfil
De la Voz
En la Muralla

Perfil de la Voz en la Muralla

¿QUIEN puso aquí este ciego cuchillazo de sombra?
Acá se hace la noche.
Acá viene a perderse todo aquello que canta.
Acá se hace la noche.
Así en tus ojos, lenta, la juventud del agua.
Igual que hoy te miraron los crepúsculos
Vestida de reflejos azules y de llamas.
Igual que hoy, en la noche que transcurre inclinada
Sobre el dolor que humea y en canción se levanta.

Suena una arpa a lo lejos. El viento está en las rosas.
Muge el río y se ensancha.
El viento está en las rosas.
Hago por detenerte a la puerta y te marchas.
Perros azules corren por cielos del verano.
Enfermas de cristal se acuestan las montañas.
La tarde se me ovilla a los pies con el viento.
Ya se empinaron todas las estrellas más claras.
Llorarte, huir de noche. Pensarte en las mañanas...
Ah, ¿Por qué eres el grito tras el muro,
El vidrio destrozado, la lengua congelada?

Voz de flor, piel de luz en la noche que baja
Gritando de los astros.
Lumbre que no responde. Tumbada como el mármol.
Crecida en la más alta vecindad del silencio,
Te me ahuyentas de pronto, cual los navíos hacen.
Te llamo y ya eras ida. Te busco y ya no estabas.

Siempre me quiebro en tí con mi antiguo reflejo.
Me encuentras, dí, me besas en pañuelos del aire?
Qué haces, estrella mía, qué pides a lo lejos
Cuando te crece el beso en la rompiente brava?
No importa lo que seas. Nada importa lo que hagas.
No importa. Nada importa. Siempre será lo mismo.
Siempre estará cayendo esta vieja ternura
En rocío al paisaje donde el recuerdo bala.

Yo no lucho contigo,
Mujer ciega de ausencias, si te tengo en la lágrima.
Yo no lucho contigo,
Si te estás en lo oscuro de la pena, anidada.
Yo no lucho contigo,
Si solo tú me cortas canciones en las ramas.
Calla, amiga, y contempla
Deshacerse mi escarcha.
Calla, amiga, y contempla en las horas sin sueño
Cómo, en la muda noche, vá a roerte mi cara..

Cállate en quieta piedra.
Cállate en cruda sombra.
Cállate en alta noche.
Cállate en fiel montaña.
Yo lavaré en un agua de estrellas infinitas
La canción que te agita pañuelos y te llama.
Yo afilaré mi voz en flecha y en silbido
Y partiré tu frente de sombra y de muralla!

H o r a d e H u m o

EN EL MAR y la noche te contemplo como eras:
Ventre de rosa nueva y mejillas de miel.
Cuello de ibis ausente. Casto perfil de Diana,
Y veinte limoneros floridos en la piel.

Te contemplo como eras, grano de ámbar perdido
En los senos del agua y encontrado en el canto.
Silbando entre tus trenzas se refugió la noche.
El lago de tus ojos evaporó los astros.

Te contemplo como eras aquella tarde inédita
Hinchando tu garganta los besos enjaulados.
Mi voz, encabritada de sueño, arrojó el canto,
Y cien abejas locas huyeron de tus labios.

Tus manos desleídas. Tu aliento. Tu vagido.
El árbol despeinado de mi voz en la brisa.
El ave del suspiro, en flecha, hacia la luna.
La luna, ave volante de cristal y de almíbar.

Piratería loca del beso que cuarteara
Tu sonrisa fragante de manzana partida.
Pero arriba era el fruto del sol, maduro y fresco,
Y abajo la ancha yerba que a los dos nos reciba.

¿Lo ves? Eso era todo. Hoy día en los palacios
Menudos de la yerba y en las breves alcobas
De cristal de la espuma, como un pez sacudido
A la orilla del sueño, va a aquietarse mi canto.

En el mar y la noche te contemplo como eras:
Ventre de rosa nueva y mejillas de miel.
Cuello de ibis ausente. Casto perfil de Diana,
Y veinte limoneros floridos en la piel.

Ah, cómo eras entonces! Ala o párpado al viento.
Mar remoto, arrecife, velerillo ignorado.
Hoy me dejás jardines con ojeras de noche.
Noche de estrellas nuevas, mariposas de llanto.

Esta es la hora del humo. Esta es la hora del humo.
Hora de humo, infinita, que se va de mis manos.
Tuya es la hora del humo. Tú has inventado este humo
Mira tu humo y tu hora. ¡Mira cómo la muerte
con los cuellos del humo nos está saludando!



Modulación Espectral

(A Remigio Romero y Cordero)

PODEROSA TINIEBLA sorda de maravilla,
Tu herida está en mis manos y no la arrojaré.
Yo tengo aquí tu herida devorada de estrellas,
Rota en la dura tierra, desatada en confín.
Soy dueño de la nave, capitán timonero,
Alarife del sueño, señor de tu orfandad.
Yo soy la raíz oscura royéndote en lo opaco,
Y es mi voz la pionera de tu montaña en paz.
Jinete en tu soberbia mandé que te callases;
Tu voz sobre mi tierra no volverá a volar.
Yo soy la raíz oscura royéndote en lo opaco,
Y estoy al otro lado de tí, por siempre más.
Estoy al otro lado de tí, tengo tu herida
Limitada en mis manos enfermas de oquedad.
Estoy al otro lado de tí que no me buscas
Porque me sabes dentro, piedra de soledad.

Poderosa tiniebla sorda de maravilla,
Tu herida está en mis manos y no la arrojaré.
Aquí te suelto el grito que en lo hondo se te clava
Como en la ciega tierra la uña azul del mar.
Crucifiqué mis noches en tus brazos de noche
Y allí encontré esta herida que no la arrojaré.
Oh sombra derramada sobre mi cruda sombra,
Soy la mancha de música que siempre roerás.
Te desaté canciones, te dí a volar mi sangre,
Saqué luz del guijarro y orné la vaciedad,
Y tú fuiste la cuerda mordida por mi viento,
Ojos de ciego olvido cerrados al besar.
Poderosa tiniebla sorda de maravilla,
Tu herida está en mis manos y no la arrojaré.
Aquí te suelto el grito que en lo hondo se te clava,
Como en la costa brava la uña azul del mar.
Ah, te he gritado tanto desde lo alto del alma
Que ya eres el espectro de un grito, nada más.



Regalo

TE ENTREGO MI DOLOR. Tómallo ahora
Con tus manos de estatua amedrentada y sola.
El dolor que te entrego
Es la torcida espina que hallé en tu sangre loca.

Te entrego mi dolor. Tómallo ahora,
Luna triste y roída que alzas tu azul esponja.
Ya no estás en el junco luminoso del cuerpo
Ni la tierra sombría de mis labios te nombra.

Te entrego mi dolor. Tómallo ahora,
Entraña de sepulcro, para tus manos solas.
Otras manos hermosas cosecharán la espiga
De mi voz en el viento. Otras manos hermosas.

Llévate mi dolor. Llévate. Es tuyo.
No hay un lobo que olvide su bocado de sombra.

E C O

PIEL DE MUSICA. Piel donde la luz retoña.
Saltándote los besos del cuenco de las manos.
Disuelta en los crepúsculos, mejilla luminosa,
Toda toda la tierra cubrió tu voz redonda.
Niño rubio del sol asido a tu cintura.
Bosque y río que bala sus corderos de espuma.
Por tí vino de nunca este dolor inédito,
Chispa en la piedra, oculto gusano de silencio.

Piel de música. Piel donde la luz retoña,
Y en rebaño de cabras morenas tu cabello.
Si quieres, mi tristeza te la diera en las tardes
Alzándose hasta mi alma tus ojos absolutos.
Ah, nó! Si armado en corso de nuevo hacia la noche
Sin costa hinchara velas piratas tu navío.
Manjar de humo tañido con vocación de ausencia
Fué tu voz la vacía caracola del mar.
No vuelvas nunca, nunca, y escóndeteme toda,
Y trónchateme toda y quiebra esta canción.

Yo iré exacto en mi carne, macizo de silencios,
Ebrio del alto verso, del cristal y el azul.
Sien de pájaro insomne, tú escogiste el destino
De las manos caídas sin materia de luz.
Quién está? Ningún vaho. No se está. No se tiene.
Peces en fuga. Nadie, nadie tiene raíces.
Cristal amontonado. Cristal roto, los días.
Inútil llamarada de aceites moribundos.
Cristal cortante, hiriente. Copas quebradas. Viento.
En la ciudad del vidrio toda la luz se ha muerto.



O r a c i ó n a l a S a n t a L u n a

PARA ESTE cacho de pena
Que se incrusta en los rincones
Del corazón olvidado:

Para este cuesco de angustia
Que se ha sembrado en la carne
Sensitiva de mi verso,

Santa Luna, yo te pido
Un pedacito de nube
Y una gotita de embrujo:

Que, con el agua bendita
De tu luz, Santa Lunita,
Sonríe la herida. . .

Amén.

**Deliquio para la Hora de
se estar callando**

CUANDO los vientos ciegos embisten a la noche
En tu mata de pelo mando a enredar mis astros.

En tanto, al puertecito en sombras de tus ojos
Se arrima la noticia salobre de mi canto.

Ya torno a darte todas, todas mis rosas jóvenes
Saltando las más altas paredes de la niebla.

Con ángeles de espuma hago besar tu sombra,
Cuando hilan margaritas los ríos de tu ausencia.

La tierra de esos días parióme en alta encina,
Y al junco de tu cuerpo le dió la raíz y el tallo;

Y lianas dió a tus manos, y cintas a tus dedos,
E hizo ramos copiosos de tus muslos dorados.

Mas, sé que has encontrado maduros tus hastíos,
Que hoy solo son tus manos parches de luna rota,

Que ni siquiera escuchas las viejas resonancias.
Que una hebra de silencio se envejece en tu boca.

No importa. Alza tu voz y bruñe tus metales.
Yo haré delgado el aire y la rama sonora.

Cuelga tu corazón de lo alto del crepúsculo
Y entrégate como él, inmensa y milagrosa!



J a r d í n

CAE un viento de Agosto. Todo, todo está muerto.
Adiós los naranjales de Mayo. Adiós los troncos
Azules que metieron raíces en tu cuerpo.
Hebra de sol tañida, junco de miel sonora,
Rubio insecto de música, tu voz ya no aletea.
Te marchaste en la brisa que sopla mis canciones,
Petalillo de ausencia, corola de silencio.
Jardín. Fuiste el jardín con ventanas celestes
Y con nubes corridas sobre lo alto del tiempo.
Viento negro, absoluta crecida mariposa,
Mi capa hizo caer la noche entre tus senos.

¿Dónde están los bejucos de los dedos, las raíces
De las manos, la rama cerúlea de la aorta,
El musgo de los plexos azules, la desnuda
Playa de la mejilla, el seto de los dientes,
El tapial florecido del mentón, la miel ebria
de los labios, la abeja del suspiro, los tallos
De la trenza, el cautivo canario de las manos,

El almíbar redondo de la córnea, el molusco
De la oreja, la almendra del hoyuelo, y el polen
De la peca, el pocillo musgoso de las sienas,
La curvosa varita de las cejas de fieltro,
La nocturna glorieta de la nuca, la esquina
De los hombros, el límite nebuloso de los senos,
El ombligo en saturno y la órbita del vientre,
Comba de luz y huerto de las constelaciones?

Te marchaste en la brisa que sopla mis canciones,
Petalillo de ausencia, corola de silencio.
Llevabas golondrinas amigas en los ojos
Y el beso que se esponja como los tordos jóvenes.
Hebra de sol tañida, junco de miel sonora,
Rubio insecto de música, tu voz ya no aletea.
Viruta de tiniebla, érecida mariposa,
Mi capa hizo caer la noche entre tus senos.
Oyeme en la alta noche. En la lluvia. En la gota
Nocturna que pronuncia las sílabas del agua.
Cae un viento de Agosto. Todo, todo está muerto.
Adiós los naranjales de Mayo. Adiós los troncos
Azules que metieron raíces en tu cuerpo. . .



Trance de Agobio y Lágrima

A VECES TU RECUERDO es un niño de nieve
Que achata naricillas en el cristal de mi alma.
Es cuando, de repente, todo el aire es sonoro
Como una abeja inmensa que con tu voz me canta.

Adentro se me tuerce todavía tu nombre
Como era, lo recuerdas, el viento con las ramas.
Angel azul del sueño corriendo tras la nube
Te anuncias en el astro y en el astro te callas.

Mas ya eres el sepulcro musgoso de preguntas,
La música perdida y la piedra olvidada.
Mientras soy este viento maduro de canciones
Que se alza hasta la estrella o se va con el agua.

Balas y eres la oveja que sangra entre las viñas.
Mano de pez sombrío. Cuello de agobio y lágrima.
Cuando el recuerdo pone tu cara en mis cristales
El corazón me crece sin fin hacia otra playa.

El corazón me crece como una flor sonora
Luminosa y abierta a la fresca alborada.
El corazón se me hincha como una vela loca:
¡Si es tan azul el cielo y es tan inmensa el agua!



**C a n c i ó n q u e s e i n c l i n a
a l M a r**

QUIERO UN GRAN VIENTO, sol marinero,
Barcos que esperan, brisas de sal,
Pardos veleros, redes colmadas,
Canciones que hablen de amor y mar.

Frente a los grises barcos ingleses
Viejos marinos oír cantar;
Y, con el aire de la tonada,
Las rubias velas del sueño hinchar.

Quiero una playa de pescadores
Y allí la blanca risa del mar.
Oscuros muelles en puertos claros
Y encima un cielo de azul cristal.

Quiero la calma de un "fiord" noruego,
O ver mil negros bajo un cocal.
Tardes de Río, noches de Niza.
Amaneceres de Portugal.

Quiero las focas de Rudyard Kipling,
La Eva tahitiana, su árbol del pan,
Las verdes brisas de Honolulu,
Los vientres combos del palmeral. . .

Quiero. . . Mentira. No quiero nada.
Ni barcos grises, ni verde mar.
Ni sol. Ni puertos. Ni hondas canciones:
¡Nada me importa si tú no estás!



**T r e s H a i - K a i
d e L a c a**

(A Cristóbal Garcés Larrea)

El Hai—Kai de la Búsqueda Inútil

En pañuelos del viento, el crisantemo
A la grulla escribiera:
—Esta noche, otra vez, la inútil sombra
Que hace siglos espera,
Emprendió, sin razón, la inútil busca
De la inútil estrella...

o o o

El Hai—Kai del Karumaya Asombrado

Y la voz rubia del cerezo dijo:
—Yo soy el viejo karumaya inquieto
Que troto en cielos del biombo y miro
Cómo, ante el loto de Hikomaro, muerto,
La estrella de ámbar se deshoja en lirios...

El Hai—Kai de la Menuda Sonrisa

Casas de té, enfrente al mar, tus cejas.
Luna de Kobe, tu redonda cara.
Agua, tū cutis, donde se hincha el breve
Grano de arroz de tu sonrisa blanca.



D i a n a y l a A u s e n c i a

CAZADORA INQUIETA del carcaj henchido,
Nunca fuera tarde para verte, Diana.
Tras los cortinajes de álamos oscuros
El clavel menudo de tu pie se escapa.

La humedad recuerdas de mi bosque, Diana?
Estatua de rosas, tu talle venusto,
Huyendo a mis manos, corriendo en las hojas,
Disparó la flecha de tu risa clara.

Mis sueños te han visto después, bella Diana,
Por bosques ajenos correr con el viento.
Mas lloras y llevas el arco en agobio
Pues la última flecha, bien sabes, oh casta,
Que aquí, sobre el pecho, dejaste clavada!

Mención Tuya en la Noche

NOCHE. Sombra asesina. Un niño azul de aroma
Era el día en tus senos. Fiel párpado de música
Tu boca. Cuerda loca del viento tu cintura.
Tu voz de ave caía desde tu altura de ave.

Noche. Sombra asesina. La canción del buen árbol
Se acurruca en el hondo caracol de mi verso.
Cual de un siglo a otro siglo te marchaste. Yo nunca
Oí aullar las ausencias con un viento tan negro.

Noche. Sombra asesina. La amargura es océano.
Mar de gritos. Inmensa constelación del ansia.
Un toro de tiniebla se acorrala en mi pecho.
Un buho de ceniza vive en lo alto de mi alma.

Sepultura para el Molusco Impertérrito

AH, MOLUSCO! Ah, silencio! Ah, vacío!
¿Ves el ala, y el verso y la estrella?

Molusco: aquí tienes el ala.
Silencio: aquí tienes el verso.
Vacío aquí tienes la estrella.

Caracol de jardín: nada puedes.
Tu calcárea oquedad nada sabe
De canción, ni de vuelo ni luz.

Sin embargo, ya estás en mi verso.
De la avispa hice abeja dorada:
¡Y tendrás sepultura de miel!

CANCION MARAVILLOSA
DE LA SOLEDAD
Y DEL RESPLANDOR

*(A Alfonso Cuesta y Cuesta,
fraternalmente)*

Esta es la Canción Maravillosa de la Soledad y del Resplandor.
Quien la quiera escuchar, venga conmigo hacia el silencio innumerable.

Esta es la canción de la soledad que resplandece,
Torcida, en hebra de oro, en mi palabra.

He aquí la canción que marcha con las ruedas hacia arriba,
Con el ventrezuelo desnudo hacia lo alto de Dios.

Salí para mirarme y he mirado la solédad,
La soledad rumorosa que canta sola,
Y cuya voz no recogen los vientos ni los poetas,
Ni los hombres, ni las mujeres, ni la guerra, ni los
diarios, ni el cine.
Sobre el resplandor eterno
Han pasado las aguas, las yerbas, y las criaturas:
Han pasado todos, antes que recorriera mi camino.
Han pasado tántas cosas
Como el génesis y los astros,
Como la historia y los cataclismos.
Tántas cosas que culminan en el ápice del tiempo
aguzado en mis sentidos.

Esta es la Canción Maravillosa de la Soledad y del
Resplandor.
Quien la quiera escuchar, venga conmigo hacia el
silencio innumerable.

Antes que escuchara esta canción,
Ya el agua de mi pueblo subió por las raíces,
Y se llegó a los troncos,
Y se llegó a los ápices,
Y se llegó a las cabezas,
Y a los senos de las madres,
Y brotó en leche inmensa,
Y trazó las calles en el suelo y alzó los techos colo-
rados,
Y plantó los pinos de la plaza y la mata de oré-
gano,

Y brotó el culantrillo y el verdín
Y los rostros de las mujeres quinceañeras en las
puertas,
Y caminó con los pies desnudos de la luna,
Y trepó al bigote de los hombres,
Y se quedó en la fuente con los brazos en jarra
bajo el azul cielo municipal.
Ya el agua escribió el verso
Que no va a decir nunca mi boca encabritada.
Y este vaho del río -que ahora entra por mis poros-
Este vaho de los linos húmedos,
Es el vaho de Viracocha,
Y del huerto de Dios.

Esta es la canción de la soledad que resplandee:
Aquí está el silbido de la mañana fresca,
Silbido de las distancias que me hacen volver la cara
poniéndome en una mejilla la mano de la mujer
querida.
Canción que estalla en colores y sonidos en las
flores y en los pájaros,
Y que salió en flecha para clavarse en la música
y el cristal.
Aquí está la canción que salió de paseo
Como el cochecillo de este niño que marcha con
las ruedas hacia arriba,
Con el ventrezuelo desnudo hacia lo alto de Dios.

Acá estoy con las banderas de las nubes altas,
Y con el perro del sol retozando en el camino.
Con los muchachos desnudos que bajan por el risco
y zambullen sonoramente;
Con la piedra del grito lanzado de orilla a orilla,
Con el saludo del hombre que vá a paso de galbana.
Acá estoy, junto al pañuelo de oro de la mariposa,
Y tengo la naranja del sol entre mis manos.

Ah, hermano mío, que hermoso es sentir los azú-
cares del canto sangrando, en noble herida, desde
el ribazo de las costillas.
Que hermoso es caminar la soledad resplandecida,
Sin volver la cabeza, como hacen los animales nobles.
Que hermoso es pasar entre los recuerdos
—Como bajo los pinos negros de los cementerios—
Con la voz fresca en la laringe y la sangre loca tras
la sien.
¡Que hermoso resplandor, hermano mío,
El resplandor de la canción!

Bajo mis pies, pasa el planeta .
Esta rueda traerá la noche y las horas de la noche,
y el pensamiento en trance de tiniebla desnuda,
Y el silencio copioso que cae, innumerable,
En mitad del corazón nocturno.
Bajo mis pies, rueda el planeta:
Por eso, ahí viene el blanco puente inmóvil
De los flancos gallardos y los grandes ojos de piedra.
Ahí viene la india que trota con el hijo a las espaldas,

Y el hombre de los burros con su torcido junco de
azote,
Que tiene anchos y tostados pies de Buda.

. . .

Mañana lenta de sol y cabelleras de mujeres
Que copian la movilidad del mar.
Cabelleras hundidas en el agua cancionera,
Alzando la hebra del canto hasta el azul de Dios.
Cabelleras negras,
Encendidas de sol,
Echadas hacia atrás con el ímpetu de las manos
frescas.
Cabelleras volátiles, espuma negra,
Hija bastarda del gran río.
Cabelleras hundidas en el agua cancionera
Alzando la hebra del canto hasta el azul de Dios.

. . .

Enfrente queda el contrafuerte de mi pueblecito de
cartón,
Ancho de tejados y patios llenos de sol y culantrillo.
Desde arriba se mira a estas mujeres
Como las semillas de los fresnos de mayo
Caídas junto al ferrocarril de las hormigas.
Mujeres sobre el río,
Mujeres a medio vestir, lavanderillas de mil co-
lores.
Mujeres a trechos, como piedras,
Alcanzándose el cielo con el cuenco de las manos.
Mujeres con la "o" redonda de la boca en fruta.
Mujeres sonrosadas y morenas,

Frutas de mi canción.

Ah, la canción maravillosa de la mañana que zumba en las corolas y que canta con el sombrero en alto del jinete que pasa saludándome sobre la montaña gris de su caballo:

Que canta con las casitas asombradas que se miran a la orilla,

Y con los brazos de los bañistas que se siembran en el agua.

Canción de la humedad silenciosa de las raicillas inocentes.

Canción de la humedad silenciosa:

El grupo de bañistas mueve los brazos a la distancia como en los sueños de los niños iluminados.

Canción de la humedad silenciosa, canción maravillosa

De la soledad y del resplandor:

Canción maravillosa:

¡Solo yo tengo esta canción!

La mañana grita en la yerba, y en el agua, y en la sonrisa de las mujeres,

Y se deslía en los sudores de mi cuerpo desbordado de voces,

Que concuerdan con los ecos,

Con los millones de ecos,

Con los millones de ecos del día jubiloso.

Canción de los bañistas cascabeleros.
Canción de los colores innumerables.
De la mariposa escondida que asusto bajo las hojas.
Canción de la espalda desnuda como un tronco,
Del perro soleado y pensativo,
De la penca que azotan las mujeres;
De la mata de aliso,
Y de la espuma
Y del grito de la espuma
Y de la hilera mulata de las palmeras,
Y la fila india de los eucaliptos.

Canción de la mujer que tiene una mano en la mejilla,
Y enfrente un pensamiento.

Canción del agua invencible,
Canción de los muslos hermosos del trabajador
que no alza la cabeza,
Mientras pasa la vida innumerable bajo el acanti-
lado de sus piernas.

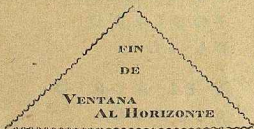
Aquí están los colores.
Y la voz infinita de los colores.
Aquí está la muchacha que sonrío al hermano
desde la mitad del agua,
Arrojándose la naranja del sol con ambas manos.

Esta es la Canción Maravillosa de la Soledad y del Resplandor.

Quien la quiera escuchar, venga conmigo hacia el silencio innumerable.

Esta es la canción de la soledad que resplandece, Torcida, en hebra de oro, en mi palabra.

He aquí, que es para vosotros,
La canción que marcha con las ruedas hacia arriba,
Con el ventrezuelo desnudo hacia lo alto de Dios!



COLOFON

CAMINO:
DISPARE
SU FLECHA

TU BRAZO
TOSTADO
DE SOL.

Y EL AGRIO
RECODO,
-CAMINO-

DEVORE
RECUERDO
Y CANCION!

Se terminó de imprimir este
libro, el 25 de Dobre. de 1942,
en los Talleres Gráficos de
Editorial Austral.

Cuenca, Ecuador • Calle Pre-
sidente Borrero, 184.

Apartado de Correos No 208.

Cevallos García
Editores.